JENOFONTE DE ÉFESO

EFESÍACAS

EDITORIAL GREDOS

JENOFONTE DE ÉFESO

EFESÍACAS

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JULIA MENDOZA



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B.C.G., la traducción de *Quéreas y Calírroe* ha sido revisada por GEMMA PASCUAL, y las de *Efesíacas* y *Fragmentos novelescos,* por LOLA LARA NAVA.



Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1979.

La introducción a *Quéreas y Calírroe* es de Carlos García Gual y las introducciones de *Efesíacas* y *Fragmentos novelescos* son de Julia Mendoza.

Depósito Legal: M. 2522 - 1979.

ISBN 84-249-3520-9.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1979.—4793.

JENOFONTE DE ÉFESO

EFESÍACAS

INTRODUCCIÓN

1. *El autor*

Conocemos muy pocos datos sobre el autor de las *Efesíacas*. Su propio nombre no es quizá más que un seudónimo frecuente en novelistas, que lo toman en recuerdo del ateniense Jenofonte que en su *Ciropedia* nos ofrece en el siglo v a. C. un precedente de este género literario.

Son tres los autores de novelas griegas de nombre Jenofonte de los que nos da noticias el léxico Suda: Jenofonte de Antioquía, autor de las *Babiloníacas;* Jenofonte de Chipre, que escribió las *Cípricas*, y éste cuya novela *Efesíacas* hemos traducido, llamado «de Éfeso», quizá por la patria de sus protagonistas.

Además de su nombre, el *Suda* menciona su obra, *Efesíacas,* en diez libros, y una obra sobre la ciudad de Éfeso. Y éstos son todos los datos que la Antigüedad nos ha transmitido.

2. *Jenofonte y Éfeso*

Aparte de ello, pocas cosas más podemos conjeturar a partir de la obra que ha llegado hasta nosotros. Se ha dicho que su patria fue indudablemente Éfeso [1] por

[1] Pero recientemente J. G. Griffiths, *Erotica Antiqua,* p. 75, propone que, aunque efesio de nacimiento, el autor de las *Efesíacas* habría vivido principalmente en Alejandría.

la cantidad de conocimientos sobre esta ciudad y sus fiestas de que hace gala en su obra, especialmente en el libro I, en que narra con todo lujo de detalles las fiestas de Éfeso en honor de Ártemis y la procesión ritual, que la protagonista de su novela, Antía, dirige como sacerdotisa principal.

En el libro de Ch. Picard[2] sobre los cultos de Éfeso y del templo y oráculo de Apolo en la cercana localidad de Claros se hace una amplísima utilización de los datos suministrados por Jenofonte, y su examen muestra que las noticias de este autor coinciden, y a veces complementan, con lo que sobre los cultos y fiestas de Éfeso conocemos a partir de las inscripciones del santuario y de los datos suministrados por otros hallazgos arqueológicos.

El examen de los conocimientos geográficos de que hace gala el autor de las *Efesíacas* abona también la creencia de que la situación de su patria debe localizarse en el Asia Menor. En efecto, mientras la acción se desarrolla en esa parte del mundo, los viajes de sus protagonistas son, si no siempre bien motivados dentro de la trama dramática (¿por qué se va Habrócomes a Capadocia, en el final del libro II?), al menos geográficamente lógicos. Pero en cuanto pasan a otra zona, especialmente Egipto, da la impresión de que los conocimientos geográficos del autor se difuminan y ya no es capaz (¿o simplemente no le interesa?) de elaborar un itinerario más o menos real. Sus personajes van y vienen a la deriva por la zona del Delta del Nilo[3], sin que su paso de una ciudad a otra pueda justificarse más que por un intento del autor de dar «color local» a la

[2] Ch. Picard, *Éphèse et Claros*, París, 1922.

[3] Ver, por ejemplo, el itinerario de Hipótoo y sus hombres en el capítulo 1 del libro IV.

narración, acumulando sin orden los nombres de una serie de ciudades egipcias cuya localización exacta no conocía evidentemente demasiado bien.

Este rasgo de Jenofonte es bien diferente del cuidado que pone Caritón en el realismo del entorno geográfico de sus personajes que nos permite incluso trasladar sus viajes a un mapa.

3. *Efesíacas*

Hay ya un consenso general entre los estudiosos de la novela griega en considerar como fecha de composición de las *Efesíacas* una no muy posterior al año 100 d. C., es decir, los primeros años del siglo II d. C. Se basan fundamentalmente para proponer esta fecha en la mención de algunas instituciones políticas, como la de un gobernador de Egipto (III 12, 6), cargo instituido por Augusto después de la conquista de este país en el año 30 a. C., o la del irenarca de Cilicia (II 13, 3), del que no tenemos noticias antes de la época del emperador Adriano.

El *terminus ante quem* de la composición de la novela podría ser el año 263 d. C., en que el templo de Artemis de Éfeso, que en la novela se nos presenta aún en todo su esplendor, fue incendiado y destruido completamente por los godos.

Se sitúa, pues, esta novela en el siglo II d. C., posterior cronológicamente a la de Caritón de la que es claramente deudora en su temática: dos amantes, bellísimos ambos y de la aristocracia de su ciudad, se ven separados por alguna calamidad después de su boda y sólo tras múltiples aventuras y vicisitudes lograrán reunirse al final de la novela, volviendo a su patria más ricos aún que antes.

Y no sólo se trata de este planteamiento general del tema, que en el fondo responde a unos presupuestos

generales del género, sino que también en episodios concretos se observa la influencia de la novela de Caritón: Antía, como Calírroe, se lamenta de su «funesta belleza», origen de todos sus males; como ella, es dada por muerta y enterrada viva en una tumba donde despierta para ser capturada por unos violadores de tumbas que la venden en lejanas tierras. Llega incluso Jenofonte a forzar la acción llevando a Habrócomes a Sicilia, sin ningún otro motivo, al parecer, que hacerlo ir a los mismos lugares que Quéreas... Son muchas más las similitudes entre las dos novelas, y hemos ido señalándolas en notas en sus respectivos lugares de la traducción.

4. *¿Epítome u obra original?*

El *Suda* dice que la obra de Jenofonte de Éfeso constaba de diez libros, pero la obra, tal como ha llegado hasta nosotros, está dividida solamente en cinco.

Hay que advertir que la tal noticia del *Suda* por sí sola no nos merecería ninguna credibilidad, ya que no siempre coinciden sus datos sobre el número de libros de una obra, o sobre el número de obras de un autor, con los que conocemos como verdaderos por otras fuentes. Pero se unen a las evidentes lagunas del texto la falta de justificación de muchos de sus episodios (¿por qué el viaje de Habrócomes a Capadocia y luego a Egipto?, ¿por qué va a Sicilia?, ¿por qué incluso el primer viaje de los esposos, tras haberles anunciado un oráculo peligros precisamente en el mar?), y el hecho de que el autor enuncie simplemente determinados episodios, sin sacar todo el efecto dramático que con un tratamiento más amplio conseguiría.

Esta sequedad de estilo, esta aparente inhabilidad narrativa, que convierte algunas partes de la novela en una mera enumeración de calamidades y aventuras, ha

hecho pensar ya desde Rohde, pero principalmente a partir del estudio de K. Bürger[4], que lo que nosotros conocemos no es la obra original, sino el resultado de la actuación de un abreviador posterior, es un epítome del original. Hay que decir además que estas epitomizaciones no son raras en la Antigüedad, y que precisamente el siglo II d. C., el de nuestra obra, era un siglo de resúmenes. Y que en el caso de otras novelas ha habido intervenciones de sentido contrario, ampliaciones de carácter retórico, como en la obra de Aquiles Tacio o en el *Asno de Oro* de Apuleyo[5].

La teoría de que el texto transmitido por la tradición es un resumen del original, especialmente en lo que se refiere a los últimos libros, más trepidantes en acontecimientos que el primero, único en que encontramos descripciones externas a la acción (la procesión, el vestido de Antía en ella, la cámara nupcial), o el segundo, con el amplio tratamiento del episodio de Manto, ha sido admitida por la generalidad de los eruditos en el campo de la novela griega hasta que un estudio de T. Hägg[6] la ha descartado completamente. Este autor atribuye las aparentes lagunas e irregularidades de la obra al propio estilo del autor, y justifica las aparentes faltas de equilibrio en el tratamiento de algunos temas a un rasgo característico de la obra, y no al hecho de ser un resumen.

Un ejemplo puede aclarar quizá mejor la cuestión. En la novela hay dos episodios con el tema de la mujer de Putifar: el de Manto en el libro II (3-5) y el de Cino en el III (12, 4), el primero extensamente tratado y el segundo despachado en unas pocas líneas.

---

[4] K. Bürger, «Zu Xenophon von Ephesos», *Hermes* 37 (1892), 36-67.

[5] Cf. C. García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972, pp. 232-236.

[6] T. Hägg, *Classica et Mediaevalia* 37 (1966), 118-161.

La interpretación a partir de Bürger *(o. c.)* es que en el segundo ha intervenido la mano del abreviador, que ha reducido la escena a su esqueleto, dejando incluso determinadas reacciones (la aceptación de Habrócomes, por ejemplo) sin justificar.

Para Hägg por el contrario esta aparente desproporción es uno de los rasgos de estilo del autor: cuando dos episodios tratan de temas similares, el autor trata extensamente el primero y deja sin elaborar el segundo. Y muestra que este rasgo, al que considera incluso el tipo básico de la narración de esta obra, está incluso en la primera parte de la novela: comparemos la distinta extensión dada al diálogo Euxino-Habrócomes (I 16, 3-6) y Corimbo-Antía (I 16, 7), o a la crucifixión (IV 2, 2-7) y condena a la hoguera (IV 2, 8-9) de Habrócomes. Se trata, pues, de un rasgo de economía, o quizá de una falta de habilidad de variación en el doble tratamiento de un mismo tema, pero en cualquier caso es obra, según Hägg, del mismo autor y no resto de la intervención de una mano extraña a la original.

5. *Estructura y estilo*

La estructura de la obra de Jenofonte, tras la Introducción inicial en que presenta sus personajes y justifica sus aventuras, se desarrolla en toda su amplia parte central mediante una narración que alterna constantemente entre las dos líneas principales de la historia, centradas en los protagonistas Habrócomes y Antía, con sólo ocasionales desviaciones en que se narran historias laterales de otros personajes secundarios, como la del bandido Hipótoo (III 2), la de Leucón y Rode (V 6, 3-4) o la del pescador Egialeo (V 1, 4-13).

En esta narración el énfasis del autor se centra en los hechos concretos y las peripecias múltiples, que acumula a un ritmo trepidante, y en su relación causal

o simplemente temporal. Es este gusto por la acumulación de peripecias, de hechos dramáticos, lo que le hace descuidar por un lado el estudio profundo de los caracteres, que da a la obra de Caritón su aspecto de obra tan elaborada, y por otro, incluso el establecimiento de una conexión orgánica entre las dos líneas de acción. Ambas alternan en la narración con un *tempo* rapidísimo, y las transiciones entre una y otra línea se hacen la mayoría de las veces sin consideración alguna a la conexión entre ellas.

A veces es un personaje secundario el que sirve de «puente» entre los dos protagonistas, que se mantienen totalmente separados y sin conexión alguna entre ellos desde su primera separación. Este parece ser el papel de Hipótoo, que entra en contacto alternativamente con uno y otro de los dos amantes. Pero en otras ocasiones el autor desaprovecha todas las posibilidades que le da la identidad geográfica para establecer un «puente» de unión o simplemente un «clímax» dramático.

Esta estructura, magistralmente estudiada por T. Hägg[7], es la que determina sus aparentes fallos de estilo y su evidente «fisonomía de cuento popular» como quiere Dalmeyda[8]. Acumula, en efecto, episodios a veces sin justificación suficiente, y por supuesto sin sacar de ellos todo el partido que dramáticamente podían dar, con un marcado regusto por lo macabro y lo maravilloso, con un estilo de narración simple y directo, que resulta en ocasiones francamente telegráfico, y con un ánimo profundamente diferente del de Caritón: subyace en toda la novela de Jenofonte todo un espíritu religioso que está ausente de la de aquél y que es otro de

[7] T. Hägg, *Narrative technique in ancient greek romances*, Estocolmo, 1971.

[8] En el prólogo a su edición de Jenofonte de Éfeso editada en la colección Budé, París, 2.ª ed., 1962, pp. XXVII-XXXI.

los determinantes principales de las diferencias entre ellos.

6. *La religión de las «Efesíacas»*

No se puede decir que la religión esté ausente de la obra de Caritón y en cambio sea un elemento fundamental en la de Jenofonte de Éfeso. Los dioses están presentes en ambos, y en ambos juegan sus templos un papel de favorecedores de los encuentros. En este sentido el papel del santuario de Afrodita situado en la finca de Dionisio, donde Quéreas ve la estatua de Calírroe, y el del templo de Helios en Rodas al final de las *Efesíacas,* que reúne a los dos protagonistas mediante el reconocimiento de las ofrendas de unos por los otros, es ciertamente similar.

La diferencia está en que en Caritón es éste un elemento marginal, en tanto que en Jenofonte se ha señalado como central a su novela, hasta el punto de que se habla de la Efesíacas como de una «novela isíaca» [9], de una novela básicamente de propaganda religiosa. Y ello no sólo porque los dioses toman efectivamente un papel activo en la trama, con oráculos a veces y también con milagros en favor de uno de los personajes, como en el caso de la salvación de Habrócomes por una intervención directa de Helios.

Subyace a toda la novela de Jenofonte de Éfeso una intención religiosa, y se desarrolla la acción en todo un ambiente donde la religión, principalmente la religión isíaca, es uno de los elementos fundamentales. Jenofonte nos proporciona en su obra no sólo noticias sobre cultos concretos, que forman el decorado de determinadas escenas, como los de Artemis en el libro I o los de Apis en Menfis en V 4, 8-11, sino también toda una in-

---

[9] Cf. R. E. WITT, *Isis in the graeco-roman world*, Nueva York, 1971, capítulo XVIII.

formación sobre el espíritu religioso de su época, caracterizado por la gran difusión de los cultos egipcios, principalmente de Isis, y su sincretización con algunas divinidades griegas que llegan a identificarse con ella. A este espíritu isíaco corresponde la valorización de la fidelidad matrimonial y la valoración de la muerte que hacen frecuentemente los protagonistas como paso a un nuevo estado, a una nueva vida en la que van a poder reunirse de nuevo, como Isis con su esposo muerto Osiris.

En las *Efesíacas* son tratadas ya las dos diosas lunares, griega (Ártemis) y egipcia (Isis), como dos aspectos de una divinidad simple [10]. Antía, probablemente la sacerdotisa principal de Ártemis en Éfeso, es arrastrada en sus peripecias a ciudades que son precisamente centros famosos del culto de Isis: Rodas, Tarso, Alejandría, Menfis; y para salvaguardar su fidelidad a su esposo invoca, aunque sólo desde su llegada a Egipto, a Isis, en cuyas manos había puesto su salvación el oráculo de Apolo del principio de la obra. A su regreso a Éfeso es a Ártemis a quien los esposos ofrecen sacrificios. Para favorecer esta identificación de las dos diosas, nuestro autor elimina totalmente las alusiones a los aspectos fálicos del isiacismo, que no encajan con el carácter virginal de la Ártemis clásica, y resalta en Isis su aspecto de protectora de la fidelidad conyugal y, por tanto, de la castidad, que podía hacerla conectar más fácilmente con la diosa griega.

Junto a los elementos del culto isíaco, que han sido estudiados por Merkelbach [11] y Kerényi [12] además del ya citado Witt, es también la obra de Jenofonte un ex-

---

[10] En contra cf. J. G. Griffiths, *o. c.*

[11] R. Merkelbach, *Roman und Mysterium in der Antike*, Munich & Berlín, 1962.

[12] K. Kerényi, *Die griechisch-orientalische Romanliteratur in religionsgeschichtlicher Beleuchtung*, Darmstadt, 1962.

ponente de la heliolatría, el culto al Sol, característico de su época, una época en la que el propio emperador (Heliogábalo) podía ser también un adorador del Sol. Isis-Ártemis es la protectora de Antía, en tanto que Habrócomes está bajo la tutela de Helios, el Sol, que llega a intervenir en su favor con dos auténticos milagros: procedimiento de resolución de los problemas de los protagonistas que es bien poco frecuente en las novelas que conocemos, y que en ésta se encuadra dentro de la intención y el espíritu religioso en que toda ella está sumergida.

7. *La sociedad*

Jenofonte de Éfeso, a diferencia de Caritón, no saca sus personajes del archivo histórico, no utiliza como protagonistas a personas relacionadas con hombres famosos en la historia griega, sino a individuos sacados de la vida privada, desconocidos por otros conceptos y totalmente imaginarios.

Ello es causa de que el nivel social de su novela sea más bajo que el de la de Caritón. No hay en ella un ambiente de reyes, sátrapas y potentados, sino que sus personajes proceden de la clase alta de una ciudad helenística, una clase rica y ociosa, pero ya fundamentalmente «burguesa», compuesta de ricos comerciantes o funcionarios imperiales, cuyo cargo llevaba aparejada la riqueza además del poder.

Junto a los protagonistas, extraídos de una familia cualquiera de la clase alta, se desarrolla un mundo de hombres libres empobrecidos, desempeñando profesiones liberales (el médico Eudoxo), oficios independientes (el pescador Egialeo) o trabajos a sueldo (el propio Habrócomes se emplea en un cierto momento como picapedrero). Las posibilidades que esta clase tiene de salir de la extremada pobreza con que la novela nos la

pinta son exclusivamente dos: la herencia (Leucón y Rode por un lado, Hipótoo por otro) y el bandidaje (los piratas fenicios e Hipótoo).

Este segundo procedimiento de adquirir riqueza es especialmente importante en la novela, que nos plantea como una situación frecuente la existencia de bandas organizadas de salteadores, y dentro de la trama, porque Hipótoo actúa frecuentemente de «puente» entre los dos esposos. Esta figura del bandido generoso ha sido posteriormente repetida en Heliodoro, ya sin la ambigüedad que Jenofonte da al carácter de este personaje, al que atribuye, junto a su desinteresada y profunda amistad hacia Habrócomes, rasgos de inusitada e innecesaria crueldad (V 2, 7) y una embarazosa atracción por los muchachos que el propio autor critica duramente en otros pasajes de la obra (II 1, 2-4).

En comparación con Caritón aparecen en esta novela un mayor número de personajes humildes, libres e incluso esclavos, y éstos son tratados con una cierta consideración y tienen una importancia en la trama como nunca alcanzan en la novela de Quéreas y Calírroe. La figura magnánima del cabrero Lampón, por ejemplo (II 9-11), contrasta favorablemente con el servilismo que Caritón atribuye sistemáticamente a sus personajes de esclavos.

Analizada la estructura social de la novela, surge la cuestión de hasta qué punto es ésta un trasunto de la realidad social de la época del autor [13]. Evidentemente la novela griega no tiene en absoluto una intención realista. La propia descripción de los protagonistas no puede ser más falsa: ricos, nobles o de alta clase, de belleza sobrehumana, adornados de todas las cualidades imaginables. Pero es también lógico que el autor haya trasladado, al menos en parte, al escenario de su acción elementos del ambiente real de su época que la

---

[13] A. M. Scarcella, *Erotica Antiqua*, pp. 76-78.

hagan más cercana al lector de las aventuras, y ello en mayor medida en obras cuyo ambiente no es histórico como la que nos ocupa.

El ambiente religioso de las *Efesíacas* corresponde, como hemos visto, al de la época de su composición, y el mundo en que se desarrolla esta novela tiene bastantes visos de ser una esquematización del mundo real del siglo II d. C.: una clase alta sumamente enriquecida por efecto de la inflación que dominaba la economía de la época, con la adquisición de importancia, por esta misma circunstancia, de los cargos oficiales, y el empobrecimiento del resto de la población, cuyo papel económico de trabajadores se ve además entorpecido por la competencia de los esclavos. Estos últimos son los únicos que aparecen dedicados a faenas agrícolas. El campo, por otra parte, ha perdido importancia y la población se acumula en las ciudades, con lo que se produce la despoblación de amplias zonas, circunstancia que también se destaca en la novela.

Poco más, sin embargo, se podría sacar de las *Efesíacas* en este campo. No es intención de Jenofonte de Éfeso darnos un cuadro de la realidad de su época ni se centra su interés en la descripción del mundo circundante a sus protagonistas, sino en la creación de un mundo de ficción donde las aventuras extraordinarias se suceden unas a otras con gran rapidez, y donde la intervención de fuerzas sobrenaturales quiere ser puesta tan de manifiesto que ni siquiera se descarta su aparición como *deus ex machina* en algunos momentos de su obra.

8. *El texto*

El texto de las *Efesíacas* que conocemos nos ha sido transmitido por un solo manuscrito, el mismo en que está la novela de Caritón, el *Laurentianus Conventi*

Soppresi 627, con letra del siglo XIII. Además conservamos una copia de este mismo códice hecha por Salvini en 1700 (copió las *Efesíacas* y la novela de Caritón), la cual pertenece a los fondos Riccardi y está actualmente en la Biblioteca Laurenciana.

La primera edición de las *Efesíacas* fue hecha en 1726 por Antonio Cocchi, florentino, en los talleres de C. Bowyer en Londres. Esta edición se apoya en la copia de Salvini, y fue contrastada posteriormente con el manuscrito *Laurentianus*, anotando el propio editor al margen las correcciones pertinentes. Uno de estos ejemplares anotados se encuentra actualmente en la biblioteca Bodleiana.

Tras esta *editio princeps* merecen citarse las de Locella (Viena, 1796), Mitscherlich (Estrasburgo, 1792-4), Peerlkamp (Harlem, 1818), Passow (1824-33), así como las de Hirschig para la colección Didot (1856) y la de Hercher para la Teubner (1858).

Más recientemente nuestro autor ha sido cuidadosamente estudiado por Dalmeyda (colec. Budé, París, 1926, 2.ª ed. 1962), cuyo texto nos ha servido de base principal para esta traducción. Asimismo, hemos tenido a la vista los textos de Miralles (Fund. Bernat Metge, Barcelona, 1967) y la edición de Papanikolaou para la colección Teubner (Leipzig, 1973), la más reciente y cuyo texto difiere muy escasamente del de Dalmeyda.

En cuanto a traducciones, aparte de la de Dalmeyda en su edición ya citada, excelente por cierto, y sobre la que se basa la única traducción al castellano que conocemos, la de Bergua (Madrid, 1965), debemos destacar la hecha al catalán por C. Miralles en su edición ya citada y las de M. Hadas (New York, 1953) al inglés y B. Kytzler (Frankfurt am Main & Berlín, 1968) al alemán.

JULIA MENDOZA

BIBLIOGRAFÍA

Queremos reunir en este apartado un conjunto de obras importantes para estudiar y comprender a Jenofonte de Éfeso, bien porque se ocupan directamente de este autor, bien porque abordan temas que, como el religioso, tienen gran importancia para el estudio de las *Efesíacas*. Del mismo modo que no pretendemos ser exhaustivos, nos sentimos eximidos ya de referenciar obras que, como las de Rohde, Perry o Merkelbach, han sido ya citadas en la *introducción* a la novela de Caritón.

K. Bürger, «Zu Xenophon von Ephesos», *Hermes* 37 (1892), 36-67.

J. G. Griffiths, «Xenophon von Ephesos and Isis», en *Erotica Antiqua.* Acta of the international conference of the ancient novel, Bangor, 1977, pág. 75.

T. Hägg, «Die Ephesiaka des Xenophon Ephesios, Original oder Epitome?», *Classica et Mediaevalia* 37 (1966), 118-161.

— «The naming of the characters in the romance of Xenophon Ephesios», *Eranos* 68 (1971).

— *Narrative technique in ancient greek romances: Studies of Chariton, Xenophon Ephesius and Achilles Tatius,* Estocolmo, 1971.

K. Kerényi, *Die griechisch-orientalische Romanliteratur in religionsgeschichtlicher Beleuchtung. Ein Versuch. Mit Nachbetrachtungen.* 2. ergäntzte Aufl., Darmstadt, 1962 (1.ª ed., Tübingen, 1927).

Ch. Picard, *Éphèse et Claros. Recherches sur les sanctuaires et les cultes de l'Ionie du Nord,* París, 1922.

B. P. REARDON, *Les courants littéraires grecques des II et III siècles après J. C.*, París, 1971.

A. M. SCARCELLA, «Strutture socio-economiche del romanzo di Senofonte Efesio», en *Erotica Antiqua*, Bangor, 1977, págs. 76-78.

R. E. WITT, *Isis in the graeco-roman world*, New York, 1971.

LIBRO PRIMERO

Había en Éfeso[1] un hombre, de los más poderosos de allí, llamado Licomedes. Este Licomedes tenía, de una mujer de su misma tierra, Temisto, un hijo, Habrócomes, gran obra de arte de belleza[2] por la sobresaliente hermosura de su cuerpo, como no ha habido antes en Jonia ni en país alguno. 1

Este Habrócomes crecía de día en día en belleza y florecían en él, junto con la hermosura de su cuerpo, todas las cualidades del alma, pues se ejercitaba en todos los ejercicios de la educación y practicaba las más variadas artes: la caza, la equitación, la lucha con armas pesadas eran para él ejercicios familiares[3]. Era el joven más solicitado por todos los efesios, y también por todos los habitantes del resto de Asia, y tenían puestas en él grandes esperanzas de que llegaría a ser 2 3

[1] Una de las ciudades más famosas de la Antigüedad, estaba situada en la zona de la desembocadura del río Caístro, en la costa Jonia del Asia Menor. Los orígenes del asentamiento, así como del templo que conocemos como Artemision, son pregriegos, pero desconocemos su nombre antiguo.

[2] Es curioso notar que en el mismo lugar de su novela Caritón nos ofrece una descripción de Calírroe hecha en términos muy similares. Tales similitudes entre los dos autores se repiten con una cierta frecuencia a lo largo de la novela.

[3] A semejanza de Quéreas, también Habrócomes destaca por su belleza y por su educación, y se nos presenta como experto en todas las artes del gimnasio.

un ciudadano distinguido. Veneraban al muchacho como a un dios y había incluso quienes se prosternaban en su presencia y le dirigían plegarias.

4 Se enorgullecía el muchacho por ello y se vanagloriaba, también por las virtudes de su alma, pero sobre todo por la belleza de su cuerpo. A todos los demás de cuantos se decía que eran bellos, los despreciaba como inferiores, y nada le parecía digno de la mirada ni la

5 atención de Habrócomes. Y si oía decir que algún muchacho era bello, o una joven hermosa, se reía de los que lo afirmaban, considerando que no sabían que él era el único bello. Al propio Eros ni siquiera lo consideraba un dios, sino que lo rechazaba totalmente, no dándole ningún valor, y diciendo que nunca se enamoraría ni se sometería a este dios a no ser por su propia

6 voluntad. Y si veía un santuario o una estatuta de Eros, se reía y hacía ver que él mismo era mejor que cualquier Eros [en belleza de cuerpo y en poder]. Y así era, pues donde se presentaba Habrócomes no había estatua que pareciera bella ni imagen que suscitara admiración.

2 Estaba resentido por esto Eros, pues es un dios amante de la lucha e inexorable con los orgullosos [4], y buscó un ardid contra el muchacho, pues incluso al dios le parecía éste difícil de dominar. Armándose, pues, de pies a cabeza y guarnecido de todo el poder de sus filtros de amor, salió a campaña contra Habrócomes.

2 Se celebraba la fiesta nacional de Ártemis con una procesión desde la ciudad al santuario [5] (era una distan-

---

[4] También Caritón (I 1, 4) atribuye a Eros el adjetivo de *philóneikos* «amante de la lucha», aunque en su novela Eros no está irritado por una ofensa, sino que simplemente le gusta lanzarse a empresas difíciles, enamorando a dos jóvenes de familias rivales.

[5] La procesión fue en todas las épocas, según Ch. Picard, pp. 326 ss., la parte más importante de la gran fiesta de Éfeso en que se celebraba el nacimiento de Ártemis. Se trata desde

cia de siete estadios). Tenían que ir en procesión todas las muchachas de la ciudad suntuosamente adornadas, y los efebos [6], cuantos tenían la misma edad que Habrócomes. Tenía él alrededor de dieciséis años y contaba entre los efebos, y en la procesión marchaba en primer lugar. Una gran multitud fue a ver este espectáculo, muchos del país y muchos extranjeros, pues era costumbre que en aquella fiesta se encontraran novios para las muchachas y esposas para los efebos. Pasaba en fila el cortejo: en primer lugar los objetos sagrados, las antorchas, los cestos de ofrendas y el incienso. Después de ellos caballos, perros y útiles de caza, de los que unos eran atributos de guerra, pero la mayoría de paz... Y cada uno de ellos estaba adornado como para presentar a un amante. 3 4

Iba al frente de la fila de las muchachas Antía, hija de Megamedes y Evipe, ambos ciudadanos de Éfeso. Era la belleza de Antía digna de admiración y sobrepasaba en mucho a las demás muchachas. Tenía catorce años y su cuerpo estaba en la flor de la belleza, y el adorno de su figura contribuía aún más a su gracia. Cabellos rubios, en su mayor parte sueltos, sólo en par- 5 6

---

sus orígenes, según la costumbre oriental, de una salida de la diosa a visitar sus dominios y su ciudad.

La procesión era dirigida en época de Alejandro Magno aún por el Megabizo (cf. nota 7) y posteriormente, según la inscripción de C. Vibius Salutaris, por la Sacerdotisa, y ya en esta época se trataba de transportar las estatuas de la diosa del templo al teatro donde debía contemplar los juegos realizados en su honor.

[6] Efebo, en general, es el nombre dado al muchacho que ha alcanzado la pubertad, es decir, el de quince años. La época de efebo parece haber durado tres años, y a los dieciocho el joven alcanzaba la plenitud de los derechos ciudadanos. En Atenas existe una organización educativa, la Efebía, instituida por Epícrates en el 335 a. C., que agrupa a los jóvenes ciudadanos desde los dieciocho años y en la que ingresaban con un juramento.

te trenzados, movidos al impulso de la brisa. Ojos ardientes, luminosos como de muchacha, pero también intimidadores, como de mujer virtuosa. Su vestido era una túnica purpúrea, ceñida a su cuerpo hasta las rodillas y que caía sobre los brazos, una piel de ciervo que la envolvía y un carcaj que colgaba de su hombro. 7 Llevaba arco y flechas y la seguían unos perros[7]. Muchas veces los efesios al verla en el recinto sagrado se arrodillaban cual si fuera Ártemis, y también entonces, cuando apareció, la multitud prorrumpió en gritos y eran muy diversas las voces de los espectadores: unos decían, por la sorpresa, que era la propia diosa, y otros que era otra construida a su imagen por la propia diosa. Todos le dirigían plegarias y se prosternaban[8], y celebraban la felicidad de sus padres. Y era proclamada por todos los espectadores «Antía la bella».

8 Mientras pasaba el grupo de vírgenes, nadie decía otra cosa más que el nombre de Antía, pero cuando se presentó Habrócomes con los efebos, a partir de ese momento, pese a ser bello el espectáculo de las vírgenes, todos se olvidaron de ellas al ver a Habrócomes y volvieron sus ojos a él gritando, impresionados por su visión:

—¡Es hermoso Habrócomes, nadie hay semejante a él! ¡Es la imagen de un dios en belleza!

---

[7] Se trata del vestido de la propia Ártemis cazadora tal como nos la muestran las estatuas helenísticas. En la época arcaica el vestido de la sacerdotisa de Éfeso constaba de un largo manto de gran simplicidad. El cambio de vestido va en correlación según Picard con el aumento de la dignidad y funciones de las sacerdotisas a lo largo del tiempo, llegando a suplantar a los antiguos sacerdotes eunucos, los Megabizos (cf. CH. PICARD, pp. 185-190). El cabello en cambio lo lleva Antía a la manera de Isis Lysicomos, con lo que empieza a señalarse la identificación de estas dos diosas.

[8] La belleza de Antía hace que sea considerada una diosa, como Calírroe, cf. CARITÓN, I 1, 16.

Y también algunos añadían ya esto: 9

—¡Qué pareja harían Habrócomes y Antía!

Y éstos eran los primeros ardides del arte de Eros. Pronto llegó a cada uno de ellos la fama del otro, y Antía deseaba ver a Habrócomes, y el hasta entonces insensible al amor, Habrócomes, quería ver a Antía.

Cuando acabó la procesión, toda la multitud se fue 3 al templo a celebrar sacrificios. El orden del cortejo quedó roto e iban reunidos hombres y mujeres, efebos y vírgenes. Entonces se ven uno al otro, y Antía se siente conquistada por Habrócomes y Habrócomes es vencido por Eros y contemplaba continuamente a la muchacha y, por más que quería, no podía apartar los ojos de ella: le posee el dios que se ha instalado dentro de él.

También Antía por su parte lo pasaba mal, recibiendo 2 por sus ojos abiertos de par en par la belleza de Habrócomes que se cuela en su interior, y despreciando ya incluso lo que es decente en las vírgenes. En efecto, hablaba para que Habrócomes la oyera, y desnudaba algunas partes de su cuerpo, las que le era posible, para que Habrócomes las viera. Y él se entregaba a su contemplación y era cautivo del dios.

Después de los sacrificios se alejaron entristecidos y 3 lamentándose por la rapidez de la separación. Y como querían verse el uno al otro, volvían atrás y se detenían, encontrando muchos pretextos para retrasarse. Cuando llegó cada uno a su casa, entonces se dieron 4 cuenta de cuáles eran sus males. Les venía al pensamiento el recuerdo de la vista del otro y el amor ardía en ellos. Y durante el resto del día creció su deseo, y cuando llegaron al momento del sueño estaban en terrible confusión y el amor, en ambos, era incontenible.

Habrócomes, tirando de sus cabellos y desgarrando sus vestidos decía:

4 —¡Ay de mis males! ¿Qué sufro, desdichado? Yo, el hasta ahora viril Habrócomes, el que despreciaba a Eros, el que insultaba al dios, me veo dominado y vencido, y obligado a ser esclavo de una muchacha. Y ya me parece que existe alguien más bello que yo y llamo 2 dios a Eros. ¡Oh cobarde de mí y vil! ¿No voy a ser capaz de resistir? ¿No me mantendré fuerte? ¿No voy a ser más bello que Eros? Es preciso que yo venza 3 ahora a ese dios que no es nada. Es hermosa esa virgen, sí, pero ¿y qué? Para tus ojos, Habrócomes, es bella Antía, pero no para ti si tú quieres[9]. Que quede decidido esto: nunca podrá vencerme Eros.

4 Tales cosas decía y el dios con más fuerza le presionaba y lo arrastraba pese a su resistencia, y le atormentaba contra su voluntad. Y no pudiendo ya resistir más, arrojándose al suelo dijo:

—Has vencido, Eros, ya has erigido un gran trofeo por tu victoria sobre el virtuoso Habrócomes, ya tienes 5 en mí un suplicante. Ahora salva al que en ti busca refugio, Señor de todas las cosas. No me mires con desdén ni lleves demasiado lejos tu venganza contra un arrogante. Por no haber experimentado aún, Eros, tu fuerza, me mostraba orgulloso. Pero ahora, entrégame a Antía. No seas sólo un dios severo con quien se te opone, sino compasivo con el vencido.

Así le habló, pero Eros aún estaba irritado y meditaba hacer pagar a Habrócomes una gran venganza por sus desprecios.

6 También Antía lo estaba pasando mal, y cuando ya no podía resistir más, se reanimaba a sí misma, tratando de que no se lo notaran los que la rodeaban.

---

[9] Jenofonte pone en boca de Habrócomes una serie de máximas de los estoicos, cuyas equivalencias podemos encontrar por ejemplo en el *Manual* de Epicteto, cap. IX.

—¿Qué sufro —decía—, desdichada de mí? Yo, una virgen, amo por encima de mi edad y sufro un mal nuevo y que no conviene a una muchacha. Estoy loca por Habrócomes, que es bello pero orgulloso. ¿Cuál 7 será el límite de mi deseo y cuál el término de este mal? Mi amado es arrogante y yo una virgen bien custodiada [10]. ¿A quién tomaré como ayuda? ¿A quién contaré todo? ¿Dónde podré ver a Habrócomes?

Así se lamentaba cada uno de ellos durante toda la 5 noche y tenía ante los ojos el rostro del otro, pues cada uno tenía su imagen grabada en el alma.

Cuando llegó el día, Habrócomes se fue a los ejercicios que acostumbraba, y la muchacha a celebrar el culto de la diosa como de costumbre. Tenían el cuerpo 2 agotado por la noche pasada, la mirada abatida y mudado el color. Y eso ocurrió durante mucho tiempo y no había nada más para ellos. Pasaban el día en el 3 templo de la diosa contemplándose el uno al otro, sin atreverse a declararse la verdad por miedo. Esto era lo único que hacían: Habrócomes suspiraba y lloraba, y suplicaba que la muchacha le escuchara con compasión. Y Antía sufría lo mismo, pero soportaba una des- 4 dicha mayor, pues si veía que otras muchachas o mujeres lo miraban (y todas miraban a Habrócomes) era evidente su sufrimiento, temiendo parecerle inferior a ellas. Y elevaban ambos a la diosa plegarias comunes, que, sin que ellos lo supieran, eran las mismas.

---

[10] El título atestiguado desde época helenística para las sacerdotisas de Ártemis en Éfeso es el de *párthenos*, «virgen», el cual no parece haber desaparecido al menos en el uso corriente, pese a que la inscripción de C. Vibius Salutaris (*FE* 2, 27) que conmemora una donación de este personaje al templo de Ártemis habla simplemente de una *hiéreia* «sacerdotisa». Para Picard p. 175, en la expresión de Antía «yo, una virgen bien guardada», se encontraría un recuerdo de la situación anterior en que las sacerdotisas femeninas estaban bajo la custodia y las órdenes del colegio de los Megabizos.

5 Con el paso del tiempo el muchacho se encontraba al límite de sus fuerzas. Su cuerpo estaba ya extenuado y su alma abatida, hasta tal punto que Licomedes y Temisto tenían gran preocupación, pues no sabían qué podía ocurrirle a Habrócomes, pero tenían miedo por los signos que veían en él.

6 En temor similar estaban Megamedes y Evipe por Antía, viendo que su belleza se consumía y que no había evidencia clara de la causa de la desdicha. Finalmente llevaron junto a Antía adivinos y sacerdotes para que 7 encontraran solución a su mal. Y ellos fueron y sacrificaron víctimas e hicieron libaciones de todo tipo, y pronunciaron palabras incomprensibles [11], para hacer propicias con ellas a algunas divinidades, y pretendieron que el mal procedía de los dioses subterráneos.

8 También los allegados a Licomedes hicieron muchos sacrificios y plegarias por Habrócomes, pero no hubo solución alguna a su mal, sino que aún más le infla- 9 maba el amor. Cayeron, pues, ambos enfermos y llegaron a estar muy graves, esperándose su muerte de un momento a otro y sin que pudiesen decir cuál era su desdicha. Y finalmente sus padres enviaron a preguntar al oráculo del dios la causa de la enfermedad y su remedio.

6 Poco dista de Éfeso el templo de Apolo en Colofón [12]: sólo hay un trayecto por mar de ochenta estadios. Allí los mensajeros de cada una de las familias pidieron al

---

[11] Son hechizos, sucesión de sílabas sin sentido de valor mágico, como las que se nos conservan en las llamadas *Tabellae Defixionum*, pequeñas tablillas de plomo encontradas por todas las regiones del mundo greco-romano, de valor mágico. Hay una buena edición de ellas, la de AUDOLLENT, *Defixionum Tabellae quotquot innotuerunt*, París, 1904.

[12] Se refiere al templo de Claros, cuyas ruinas se conservan, donde había un famoso oráculo de Apolo. Situado cerca de Éfeso, en la costa Jonia del Asia Menor, pertenecía al enclave de la cercana ciudad de Colofón.

dios que profetizara la verdad: ambos habían ido para lo mismo, y el dios les dio a ambos una respuesta oracular común, en verso. Y he aquí sus palabras: 2

¿Por qué deseáis saber el fin de ese mal y su principio?
Una sola enfermedad los posee a los dos. La solución de
[aquí se deduce.
Para ellos veo terribles penas y trabajos sin fin.
Ambos huirán por el mar perseguidos por piratas,
sufrirán cadenas a manos de los hombres del mar
y de ambos el tálamo será la tumba y el fuego destructor.
Junto a las corrientes del río Nilo a la venerable Isis[13]
Salvadora ofreced, después, dones felices.
Después de las penas, tendrán aún mejor destino.

7 Cuando llevaron este oráculo a Éfeso, en un primer momento los padres de ambos se quedaron perplejos y no comprendían en absoluto cuál era la enfermedad. No podían comprender las predicciones del dios, pues no entendían de qué enfermedad hablaba, ni de qué huida, ni de qué cadenas, ni de qué tumba, que río o qué ayuda de la diosa.

2 Después de mucho deliberar, les pareció bien tratar de conjurar el oráculo en la medida de lo posible y unir en matrimonio a sus hijos, pensando que ésta era la voluntad del dios a juzgar por lo que había profetizado. Decidieron, pues, esto y pensaron hacerlos viajar después de la boda un cierto tiempo fuera del país.

3 La ciudad estaba llena de festines, todo estaba cubierto de coronas y se proclamaba la boda que iba a cele-

---

[13] Isis es una diosa de la mitología egipcia, esposa de Osiris. Por su mito (busca a Osiris muerto y logra hacerlo volver a la vida) simboliza la fidelidad matrimonial y como tal es invocada posteriormente por Antía para que la proteja frente a quienes quieren atentar contra su castidad.

brarse. Y todos los felicitaban, a él por casarse con tal mujer y a ella por ir a acostarse con tal joven[14].

4 Habrócomes, cuando se enteró del oráculo y la boda, se sintió lleno de alegría por ir a poseer a Antía y en nada le dio miedo la profecía, sino que le pareció que el presente era más dulce que cualquier peligro. Y del mismo modo Antía se complacía en ir a poseer a Habrócomes y se despreocupaba de cuál era esa huida o cuáles las desgracias, teniendo a Habrócomes como consuelo de todos los males futuros.

8 Cuando llegó el día de la boda, se hicieron las fiestas nocturnas y sacrificaron muchas víctimas a la diosa. Y después que se hubo cumplido todo esto, al llegar la noche (y a Antía y Habrócomes les parecía que todo iba muy lento) llevaron a la muchacha al tálamo, con antorchas, cantando el himeneo y diciéndole palabras de buen augurio, y, haciéndola entrar, la tendieron en el lecho.

2 Así estaba construido el tálamo: el lecho de oro estaba cubierto por colchas de púrpura y sobre el lecho colgaba un baldaquino de Babilonia[15] con escenas bordadas: Amores jugando, unos al servicio de Afrodita[16] (y estaba también la imagen de Afrodita), otros a caballo montados en pajarillos, otros trenzando coronas, otros
3 llevando flores. Esto en una parte del baldaquino. En

---

[14] Toda la ciudad participa en las fiestas de la boda, como en CARITÓN, I 1, 13. Del mismo modo el sentimiento de los amantes les hace olvidarse de todo.

El rito de la boda está descrito con más detalle en Caritón, pero es, como se ve, en esencia el mismo.

[15] Los tejidos preciosos procedían de Oriente y eran muy apreciados en la Antigüedad. También la tienda en que llega Calírroe de vuelta a Sicilia está hecha con paños preciosos de Babilonia.

[16] Afrodita es la diosa de la belleza y del amor, madre de Eros, al que se representa ya como un niño armado con arco y flechas.

la otra estaba Ares [17], no armado, sino adornado como para recibir a su enamorada Afrodita, coronado y con un fino manto de lana. Eros le guiaba con una lámpara encendida.

Bajo este baldaquino reclinaron a Antía, llevándola para entregarla a Habrócomes, y cerraron las puertas.

9 Ambos experimentaron el mismo sentimiento y no pudieron ni dirigirse la palabra el uno al otro ni mirarse a la cara, y yacían desfallecidos por el placer, llenos de pudor y miedo, respirando entrecortadamente. Su cuerpo se estremecía de temblor y sus almas estaban agitadas. 2 Después de bastante tiempo Habrócomes, recobrándose, abrazó a Antía y ella se echó a llorar; su alma envía las lágrimas como símbolo de su deseo. Y Habrócomes dijo:

—¡Oh noche, la más deseada para mí, la que apenas he conseguido, después de haber sufrido tantas noches antes! 3 ¡Oh muchacha más dulce para mí que la luz y más feliz que ninguna de las que se ha hablado nunca! Tienes por marido a un hombre enamorado. ¡Que puedas vivir y morir con él como mujer virtuosa!

Diciendo esto la besaba y enjugaba sus lágrimas, y le parecía que esas lágrimas eran una bebida más deliciosa que cualquier néctar, con más poder contra el dolor que cualquier fármaco. 4 Y ella, dirigiéndose a él con débil voz, le dijo:

—¿De verdad, Habrócomes, te parezco hermosa, y junto a tu propia belleza te agrado? ¡Cobarde y sin coraje! ¿Cuánto tiempo tardaste en tu amor, cuánto has perdido? Por mis propios males sé lo que has sufrido. 5 Pero, ea, recoge mis lágrimas y que tus hermosos cabe-

[17] Ares, dios de la guerra, se enamoró de Afrodita y ambos fueron cazados en una red por el esposo de ésta, Hades, y puestos en ridículo. La escena representa esta historia del amor entre los dos dioses.

llos beban este filtro de amor, y uniéndonos mezclémonos el uno con el otro, rociemos las coronas con las lágrimas de ambos, para que también ellas se amen con nosotros.

6 Tras decir esto, le acarició todo el rostro y colocó sus cabellos sobre los ojos, y quitó las coronas de sus cabezas y puso sus labios sobre los de él en un beso, y todos sus pensamientos pasaron del alma de uno a la 7 del otro a través de sus labios. Y ella, besándole en los ojos, dijo:

—¡Oh vosotros, que tanto me hicisteis sufrir! ¡Oh, los que primero clavasteis el aguijón en mi alma, entonces arrogantes y ahora amorosos! ¡Bien me servisteis, bien 8 llevasteis mi amor al alma de Habrócomes! Por eso os cubro de besos y uno a vosotros mis propios ojos, servidores de Habrócomes. Ojalá veáis siempre lo mismo y ni le mostréis a Habrócomes a ninguna otra mujer hermosa, ni a mí me parezca bello ningún otro. Poseéis las almas que vosotros mismos inflamasteis, guardadlas de la misma manera.

9 Así habló, y se recostaron enlazados y por primera vez gozaron los dones de Afrodita. Y durante toda la noche compitieron uno con otro, rivalizando en quién se mostraba más enamorado.

10 Cuando llegó el día se levantaron mucho más felices, mucho más animosos, habiéndose dado uno al otro la 2 felicidad que tanto tiempo habían deseado. Su vida entera era una fiesta, y llena de banquetes, y ya incluso se habían olvidado del oráculo. Pero lo fijado por el Destino no había quedado olvidado, ni lo había descuidado el dios que lo había decretado.

3 Pasado algún tiempo decidieron los padres enviarlos fuera de la ciudad como ya habían acordado. De esta manera iban a ver otras tierras y otras ciudades y a conjurar el oráculo del dios en la medida de lo posible, ausentándose cierto tiempo de Éfeso.

4 Prepararon, pues, todo para la marcha: una gran nave y marineros dispuestos a conducirlos. Y embarcaron en la nave todo lo necesario, ropa abundante y variada y mucha plata y oro, y una cantidad superabundante de víveres. 5 Y hubo sacrificios a Ártemis por el viaje y plegarias de todo el pueblo y lágrimas de todos, como si los que iban a marcharse fuesen los hijos de todos ellos. Les habían preparado un viaje por mar a Egipto.

6 Cuando llegó el día de la marcha [embarcaron] muchos servidores y criadas, y al ir la nave a hacerse a la mar todo el pueblo de los efesios acudió a darles escolta, y muchas [de las sacerdotisas] con antorchas y objetos sagrados. 7 En ese momento Licomedes y Temisto, al venírseles a la mente todo al mismo tiempo: el oráculo, el hijo, la marcha del país, cayeron al suelo sin sentido. Megamedes y Evipe sintieron lo mismo, pero eran más animosos, viendo el cumplimiento de la profecía.

8 Por fin se oyeron los gritos de los marineros, soltaron las amarras, el piloto ocupó su puesto y la nave se fue alejando. 9 Y se levantó un griterío mezclado de los de tierra y de los de la nave, diciendo los unos:

—¡Oh hijos queridísimos!, ¿os volveremos a ver de nuevo los que os engendramos?

Y los otros:

—¡Oh padres!, ¿volveremos quizá a recobraros?

Había lágrimas y lamentos, y cada uno llamaba por su nombre a sus allegados, dejándose unos a otros el nombre para recuerdo.

10 Megamedes, tomando una copa y haciendo una libación, pronunció una plegaria para que fuese oída desde lejos por los de la nave, con estas palabras:

—¡Oh hijos! Ante todo, ojalá seáis felices y escapéis a las penalidades de la profecía, y ojalá os reciban los efesios al volver a salvo de vuestro viaje y recobréis vuestra amada patria. Pero si os ocurre alguna otra

cosa, sabed esto, que nosotros tampoco estaremos salvos. Os enviamos a un viaje infortunado pero necesario.

11 Y las lágrimas le impidieron seguir hablando.

Ellos volvieron a la ciudad, mientras el pueblo les exhortaba a tener valor, y por su parte Habrócomes y Antía yacían enlazados pensando muchas cosas a la vez, llenos de compasión por sus padres y añoranza de su patria, temiendo al oráculo y desconfiando del viaje. Pero les daba valor para todo el hecho de hacer la tra-2 vesía juntos. Y como durante aquel día disfrutaron de viento favorable arribaron al acabar la travesía a Samos [18], la isla sagrada de Hera. Y allí, después de hacer sacrificios y cenar, y elevar muchas plegarias, se hicie-3 ron a la mar al llegar la noche y también tuvieron viento favorable.

Muchas veces se preguntaron uno al otro:

—¿Nos será dado pasar la vida juntos?

Y Habrócomes, exhalando fuertes gemidos al venírsele al recuerdo sus circunstancias, dijo:

—Antía, más deseada para mí que la vida, ojalá nos sea posible ser felices y salvarnos uno junto al otro. 4 Pero si está decretado por el destino que suframos alguna desgracia, si quizá tenemos que separarnos, jurémonos, queridísima, tú que permanecerás pura para mí y no soportarás a ningún otro hombre, y yo que no conviviría con ninguna otra mujer.

5 Al oírle, Antía lanzó un gran lamento y dijo:

—¿Es que crees, Habrócomes, que si me veo separada de ti aún me voy a ocupar de hombres y bodas, yo que no podré en absoluto vivir sin ti? Yo te juro por la diosa de nuestros antepasados, la gran Ártemis de los efesios, y por este mar que estamos recorriendo y por el dios que nos infundió esta bella locura del uno por el

[18] Isla del Egeo, junto a la costa de Asia Menor, frente a Jonia.

otro, que yo, arrancada de tu lado aunque sea por poco tiempo, no viviré ni veré la luz del sol.

Esto dijo Antía y juró también Habrócomes, y la ocasión convertía sus juramentos en más temibles. 6

En este momento la nave pasaba a lo largo de Cos[19] y Cnido[20] y se veía la isla de Rodas[21], grande y bella. Y entonces les fue totalmente necesario desembarcar, pues los marineros decían que era preciso aprovisionarse de agua y descansar, ya que iban a meterse en una travesía más larga.

12 Atracó, pues, la nave en Rodas y desembarcaron los marineros, y salió también Habrócomes dando la mano a Antía; y se reunieron todos los rodios, asombrados de la belleza de los muchachos, y no hubo nadie de los que los veían que pasara a su lado en silencio, sino que unos decían que se trataba de la llegada de un dios y otros se prosternaban y caían ante sus rodillas.

Muy pronto se corrió por toda la ciudad el nombre de Habrócomes y Antía. Celebraron preces públicas en su 2 favor y ofrecieron muchos sacrificios, e hicieron una fiesta por su llegada. Y ellos visitaron toda la ciudad y dedicaron al templo de Helios[22] una armadura de oro, e inscribieron este epigrama, para que se recordase a los dedicantes:

---

[19] Isla situada al Sur-Este del Egeo, es una de las espóradas y está frente a la península del Quersoneso Cnidio.

[20] Ciudad de la península antes citada, en la costa sud-occidental de Asia Menor.

[21] Gran isla del Sur-Este del Egeo que por su posición era punto de enlace entre el Egeo y el Oriente.

Antía y Habrócomes han ido costeando Asia Menor desde Éfeso hasta esta isla, desde donde se disponen a dar el salto a Egipto. Rodas era en la Antigüedad uno de los grandes centros del culto a Isis.

[22] Helios, el Sol, está relacionado con el mito de Isis, divinidad lunar, y encaja en la tendencia de la época de Jenofonte de Éfeso al culto al Sol por el que la novela está influida.

Unos extranjeros te dedicaron estas armas cinceladas
[en oro,
Antía y Habrócomes, ciudadanos de la sagrada Éfeso.

3 Después de hacer esta ofrenda y permanecer algunos días en la isla, como los marineros les daban prisa, se hicieron a la mar bien aprovisionados de víveres. Y todo el pueblo de los rodios fue a darles escolta.

Al principio les impulsó un viento favorable y la navegación les causaba placer. Y durante aquel día y la noche siguiente fueron arrastrados por el viento, midiendo paso a paso el mar llamado «Egipcio»[23]. Pero el segundo día cesó el viento y hubo calma chicha, con lo que la navegación se hizo lenta. Se produjo una cierta relajación de los marineros y con ella vino la bebida y la embriaguez, y el inicio de lo profetizado.

4 A Habrócomes se le apareció una mujer de terrible aspecto, de altura superior a la humana, vestida de púrpura. Y le pareció que tras aparecer quemaba la nave y todos los demás perecían, pero él y Antía se salvaban a nado. En cuanto vio estas cosas se sintió perturbado y se puso a esperar algo malo de este sueño. Y lo malo ocurrió.

13 Casualmente habían estado anclados junto a ellos en Rodas unos piratas, fenicios de linaje, en un gran trirreme. Echaron el ancla como si llevaran mercancías, y eran muchos y valientes. Éstos se informaron de que en la nave había oro y plata y muchos esclavos de alto 2 precio. En consecuencia, decidieron atacarla y matar a los que les opusieran resistencia y a los demás llevarlos a Fenicia para venderlos junto con las riquezas. Los

[23] El Mar Egipcio se llamaba a la parte del Mediterráneo que toca las costas de la península del Sinaí. Comienza aquí ya el autor de la novela a utilizar nombres «exóticos», sin ocuparse de la verosimilitud geográfica, ya que dicho mar está bastante al Sur de Rodas, lejos ya incluso de las costas de Fenicia.

despreciaban, considerándolos incapaces de luchar contra ellos.

El jefe de los piratas se llamaba Corimbo, hombre joven, de gran altura y mirada terrible. Llevaba los cabellos largos y sucios. 3

Después que los piratas hubieron decidido esto, primero navegaron tranquilamente junto al navío de Habrócomes, y finalmente (era alrededor del mediodía, y todos los de la nave estaban acostados, por obra del vino o la pereza, dormidos los unos, otros sin fuerza) fueron contra ellos los hombres de Corimbo maniobrando con la nave (pues era un trirreme) con gran rapidez. Y cuando estaban cerca, saltaron a la nave armados, con las espadas desnudas. Y entonces unos se arrojaron a sí mismos por la sorpresa al mar y perecieron, y otros, que quisieron defenderse, fueron degollados. 4 5

Habrócomes y Antía corrieron a Corimbo el pirata y cogiéndose a sus rodillas le dijeron: 6

—Toma, oh señor, nuestras riquezas y haznos tus servidores. No sacrifiques nuestra vida y no mates a quienes se te han sometido voluntariamente. ¡No, por este mar, no, por tu mano derecha! Y llevándonos a donde quieras, véndenos, somos tus esclavos. Ten sólo piedad de nosotros haciéndonos servir a un mismo dueño.

Corimbo, al oírlos, dio la orden de no matarlos y, después de pasar a su nave lo más valioso del cargamento y a Habrócomes y Antía y a algunos otros de sus servidores, muy pocos, prendió fuego al barco y todos los demás ardieron en él, pues ni podía ni le pareció seguro llevarlos a todos. 14

Era un espectáculo digno de lástima, unos llevados en el trirreme, otros quemándose en la nave, tendiendo las manos y gritando desesperadamente. Y decían los unos: 2 3

—¿A dónde os llevan, señores? ¿Qué tierra os recibirá y qué ciudad habitaréis?

Y los otros:

—¡Oh felices de vosotros, que vais a morir por suerte antes de tomar experiencia de las cadenas, antes de conocer la esclavitud teniendo por amos a unos piratas!

Y diciendo estas cosas se alejaban unos, y otros pe-
4 recían entre las llamas. Y en ese momento el ayo de Habrócomes, ya viejo, de aspecto venerable y digno de lástima por su vejez, no soportando que se llevaran a Habrócomes, se arrojó a sí mismo al mar y se esforzaba en alcanzar el trirreme diciendo:

—¿A dónde vas, hijo, abandonándome a mí, el ancia-
5 no, tu preceptor? ¿A dónde te vas? Mátame con tus propias manos, desdichado de mí, y entiérrame tú, pues ¿cómo voy a poder vivir sin ti?

Tales cosas decía y finalmente, perdiendo la esperanza de ver más a Habrócomes, se entregó a las olas y
6 pereció. Y esto fue para Habrócomes lo más doloroso de todo. En efecto, tendía las manos al anciano y suplicaba a los piratas que lo recogieran. Pero ellos no le hicieron ningún caso y, después de navegar tres días, llegaron a Tiro[24], la ciudad de Fenicia donde tenían los piratas su casa.

7 No los llevaron a la ciudad misma, sino a una finca cercana de un jefe de piratas llamado Apsirto, de quien el propio Corimbo era servidor por un sueldo y una parte del botín.

En el intervalo de la travesía y por verlo tanto día tras día, se enamoró Corimbo de Habrócomes con tremenda pasión, y el trato con el muchacho le inflamó mucho más.

---

[24] Tiro es una de las principales ciudades de Fenicia, en la costa oriental del Mediterráneo. Los fenicios, cuya economía estaba basada en el comercio por mar, se nos presentan aquí como piratas organizados, lo cual nos da idea de una situación de inseguridad en los transportes por mar, con piratería organizada y apoyada en tierra por grandes personajes.

Durante la travesía pensó que no le era posible convencerle, pues veía que estaba sufriendo por la desesperación, y veía también que amaba a Antía. Y también le pareció que era difícil forzarlo, pues temía que se hiciera a sí mismo algún mal. 15

Cuando llegaron a Tiro ya no pudo resistir más y primero se puso a prodigar cuidados a Habrócomes, le exhortaba a tener valor y tenía con él todo tipo de solicitudes. Él creía que Corimbo le tributaba esta solicitud por compasión, pero después Corimbo hizo partícipe de su amor a un compañero suyo, de nombre Euxino, y le pidió que le ayudase y pensase con él de qué manera podía convencer al muchacho. 2 3

Euxino escuchó encantado lo de Corimbo, pues él estaba sufriendo por Antía y amaba a la muchacha con tremenda pasión. Le dijo, pues, a Corimbo también lo suyo y le aconsejó no afligirse más, sino ponerse en acción. 4

—Pues —dijo— muy vil sería que, después de correr peligros y exponer nuestra vida, no gozáramos con tranquilidad lo que obtuvimos con trabajos. Podremos —añadió— obtenerlos por separado de Apsirto como nuestra parte del botín. 5

Con estas palabras persuadió fácilmente al enamorado y acordaron, según esto, hablar cada uno en favor del otro y convencer él a Habrócomes y Corimbo a Antía. 6

En ese momento ellos yacían sin ánimo, esperando muchas desdichas, hablando uno con otro y jurando constantemente que iban a cumplir lo convenido. Fueron entonces hacia ellos Corimbo y Euxino y diciéndoles que querían hablarles en privado se los llevaron consigo, uno a Antía y el otro a Habrócomes. Y sus almas se estremecieron de miedo, pues no sospechaban nada bueno. 16 2

3 Habló, pues, Euxino a Habrócomes en favor de Corimbo:

—Muchacho, es natural que soportes con dificultad la desgracia, al pasar de libre a esclavo, a pobre en lugar de rico. Pero es preciso que lo pongas todo a la cuenta de la Fortuna, contentarte con el destino que te posee y amar a los que se han convertido en tus due-
4 ños [25]. Sabe, en efecto, que incluso te es posible recobrar la felicidad y la libertad, si quieres dejarte persuadir por tu amo Corimbo, pues él te ama con tremenda pasión y está dispuesto a hacerte dueño de todo lo suyo. No vas a sufrir nada penoso y en cambio harás a tu
5 amo más favorable para ti. Piensa bien en qué situación te encuentras: no tienes ningún defensor, ésta es tierra extranjera y tus amos piratas, y no hay escapatoria ninguna a la venganza si desprecias a Corimbo. ¿Qué necesidad tienes de mujer y problemas? ¿Qué de una amante, siendo de tal edad? Deja todo eso, te conviene mirar sólo a tu amo, obedecer a lo que te mande.

6 Oyéndole Habrócomes se quedó al principio estupefacto y no encontraba ni siquiera qué contestarle, sino que se puso a llorar y gemía por sí mismo viendo a qué situación había llegado. Y dijo a Euxino:

—Déjame, señor, reflexionar un poco y después te contestaré a todo lo que me has dicho.

7 Y Euxino se retiró. Corimbo, por su parte, había explicado a Antía el amor de Euxino y la situación de necesidad en que ella se encontraba, y que era preciso ante todo que obedeciera a sus dueños. Y le prometió muchas cosas si se sometía: matrimonio legal y dinero y vida en la abundancia. Y ella le contestó lo mismo, pidiéndole un poco de tiempo para pensárselo. Y Euxino y Corimbo se quedaron esperando juntos su respuesta y confiaban convencerlos fácilmente.

---

[25] De nuevo aparece en las máximas del pirata el reflejo de la moral de la *Estoa*.

LIBRO SEGUNDO

Habrócomes y Antía se fueron a la habitación donde 1 residían habitualmente, y después de contarse uno a otro lo que habían oído, arrojándose al suelo lloraban y gemían.

—¡Oh padre! —decían—. ¡Oh madre! ¡Oh patria ama- 2 dísima y amigos y parientes!

Y finalmente Habrócomes, recobrándose un poco, dijo:

—¡Oh desdichados de nosotros! ¿Qué males vamos a sufrir, en tierra bárbara y entregados a la brutalidad de unos piratas? Comienzan a cumplirse las profecías. Ya me exige el dios venganza por mi insolencia. Me ama Corimbo a mí, y a ti Euxino. ¡Oh belleza inoportuna 3 para ambos![26]. ¿Para esto me guardé hasta ahora puro, para someterme al vergonzoso deseo de un pirata enamorado? ¿Y qué vida me aguarda, convertido en una prostituta en lugar de un hombre, y privado de mi Antía? Pero no, por la virtud que fue mi compañera 4

---

[26] Tal exclamación es puesta también en boca de Calírroe (Caritón, V 6, 4), y la encontramos también más adelante (V 5, 5) en un contexto similar al de Caritón: exclamación seguida de la enumeración de males causados por esa denostada belleza. Esto ha hecho pensar (cf. Garin y Dalmeyda) en una influencia directa de Caritón en Jenofonte de Éfeso, y no en una coincidencia por azar.

desde niño hasta hace poco, no me someteré a Corimbo. Antes moriré y muerto daré pruebas de mi virtud.

5 Esto dijo y se echó a llorar, y por su parte Antía dijo:

—¡Ay de nuestros males! Pronto se nos obliga a acordarnos de nuestros juramentos, pronto hemos probado la esclavitud. Un hombre me ama y espera convencerme y acceder a mi lecho después de Habrócomes, y 6 yacer conmigo y satisfacer su deseo. Pero, no sea yo tan apegada a la vida y no soporte, ultrajada, ver el sol. Lo he decidido: muramos, Habrócomes. Nos tendremos el uno al otro después de la muerte sin que nadie nos moleste.

2 Ellos resolvieron esto y entre tanto Apsirto, el jefe de la banda de piratas, enterado de que habían llegado los hombres de Corimbo y que habían traído muchas y admirables riquezas, fue a la finca del campo y vio al grupo de Habrócomes y se sorprendió de su belleza, y al punto, pensando que iba a sacar gran ganancia de 2 ellos, los reclamó. El resto del dinero y objetos preciosos y cuantas muchachas habían sido cogidas con ellos los repartió entre los piratas de Corimbo. Euxino y Corimbo cedieron mal de su grado a Antía y Habrócomes a Apsirto, pero no tuvieron más remedio que cedérselos.

3 Y ellos se fueron y Apsirto, cogiendo a Habrócomes y Antía y dos esclavos, Leucón y Rode, los llevó a Tiro. 4 Formaban un cortejo que atraía la atención y todos se admiraban de su belleza, y los bárbaros que nunca habían visto tanta hermosura creían que eran dioses los que veían y felicitaban a Apsirto por poseer tales escla- 5 vos. Él los condujo a su casa y los entregó a un criado fiel ordenándole que les dispensase grandes cuidados, pensando que iba a ganar mucho si conseguía venderlos por su justo precio.

3 El grupo de Habrócomes estaba en esta situación. Y pasados unos pocos días Apsirto se marchó a Siria para otro negocio y su hija, llamada Manto, se enamoró

de Habrócomes. Era bella y ya en edad de casarse, pero muy inferior en belleza a Antía[27].

Esta Manto fue conquistada por el trato constante con Habrócomes y no podía ya contenerse y no sabía qué hacer. No se atrevía a hablar a Habrócomes, pues sabía que tenía esposa y no tenía esperanza de convencerlo, ni tampoco a ningún otro de los suyos, por temor a su padre. Por ello se consumía aún más y sufría, y no pudiendo soportarlo más resolvió confesar su amor a Rode, la compañera de Antía, que era de su edad y una muchacha, pues pensaba que sólo ella la ayudaría a cumplir su deseo. Cogiendo un momento libre, llevó a la muchacha ante el altar doméstico que había en la casa y le pidió que no la denunciara, le tomó juramento, le habló de su amor por Habrócomes, le suplicó que la ayudara y le prometió muchas cosas si lo hacía. Y le dijo: 2 3 4 5

—Date cuenta de que eres mi esclava, que vas a probar la cólera de una mujer bárbara e injuriada.

Tras decir esto, dejó ir a Rode y ésta se encontró en un mal sin solución, pues rehusaba hablar a Habrócomes, ya que amaba a Antía, pero temía mucho la cólera de la bárbara. Le pareció, pues, bien comunicar primero a Leucón lo que le había dicho Manto. Tenía Rode una familiaridad con Leucón, nacida del amor, y se habían unido uno al otro ya en Éfeso. Entonces cogiéndole a solas le dijo: 6 7

—Oh Leucón, estamos totalmente perdidos. Ahora no tendremos más a nuestros compañeros. La hija de nues-

[27] Introduce aquí Jenofonte un elemento de relatos tradicionales, el episodio bíblico de la mujer de Putifar, que encontramos también en distintas historias de la mitología griega: la historia de Peleo y Acastos, de Belerofonte y Preto, y en fin, la de la Fedra de Eurípides. En esta historia Manto es sólo una muchacha y por ello el autor se detiene en poner de manifiesto su carácter de «bárbara», que explicaría su falta de contención. Es curioso que este personaje sea también una fenicia, como la Persis de Loliano(cf. fragmento núm. 7).

tro amo Apsirto ama a Habrócomes con tremenda pasión y amenaza, si no lo obtiene, con hacernos cosas
8 terribles. Mira, pues, qué debemos hacer, pues contradecir a la bárbara es peligroso y separar a Habrócomes de Antía imposible.

Al oírla Leucón prorrumpió en llanto, esperando de esto grandes desgracias, pero recobrándose al punto dijo:

—Calla, Rode, pues yo me encargaré de todo.

4 Después de decir esto, fue a ver a Habrócomes.

Para él no había más ocupación que besar a Antía y recibir sus besos, y hablarla y escuchar su charla. Y Leucón, entrando ante ellos, dijo:

—¿Qué haremos, compañeros? ¿Qué deliberaremos,
2 esclavos como somos? A uno de los amos, Habrócomes, le pareces bello. La hija de Apsirto sufre por ti y es difícil oponerse a una muchacha bárbara enamorada. Tú, pues, piensa qué te parece bien y sálvanos a todos, y no veas con indiferencia que caigamos bajo la cólera de nuestros amos.

3 Al oírle Habrócomes se llenó al punto de cólera, y mirando fijamente a Leucón le dijo:

—¡Oh malvado y más bárbaro que los fenicios de aquí! ¿Te atreves a decir a Habrócomes tales palabras y en presencia de Antía me hablas de otra muchacha?
4 Soy esclavo, sí, pero sé guardar mis juramentos. Tienen todo el poder sobre mi cuerpo, pero mi alma la tengo libre. Que amenace ahora Manto, si quiere, con la espada, la horca, el fuego y todo cuanto puede forzar el cuerpo de un esclavo, pues nunca me dejaré persuadir de injuriar voluntariamente a Antía.

5 Él dijo esto y Antía, por la desdicha, se quedó estupefacta, sin poder pronunciar palabra. Por fin, volviendo en sí con dificultad dijo:

—Tengo, Habrócomes, tu cariño y estoy convencida de que soy extremadamente amada por ti. Pero te su-

plico, dueño de mi alma, que no te traiciones a ti mismo ni te arrojes a la cólera de una bárbara. Accede al deseo del ama, yo os dejaré libres dándome la muerte. Sólo 6 una cosa te pido: entiérrame tú mismo y dame un beso cuando caiga sin vida. Y acuérdate de Antía.

Todas estas cosas llevaban a Habrócomes a mayor desgracia y no sabía qué iba a pasar.

Ellos estaban en esto, y por su parte Manto, como 5 Rode tardaba, ya no resistió más y escribió una carta a Habrócomes. Y lo escrito fue lo que sigue:

Al bello Habrócomes tu ama, salud.

Manto te ama y ya no puede soportarlo más. Quizá es algo inconveniente para una muchacha, pero necesario para una enamorada. Te lo suplico, no me desdeñes, ni injuries a la que ha tomado tu partido. Si te 2 *dejas persuadir, yo convenceré a mi padre Apsirto de que me entregue a ti en matrimonio y nos desembarazaremos de la que es ahora tu mujer, y serás rico y feliz. Pero si te opones, piensa qué males sufrirás al tomar venganza de sí misma la propia injuriada, y cuáles tus compañeros, consejeros de tu insolencia.*

Tomando esta carta y sellándola la dio a una criada 3 bárbara diciéndole que se la llevara a Habrócomes. Y él la recibió y la leyó, y sintió un gran dolor por todo lo escrito, pero sobre todo sufrió por lo que se refería a Antía. Y aquella tablilla la guardó y escribió otra y se 4 la dio a la criada. Y era lo escrito lo que sigue:

Señora, lo que quieras, hazlo y trata mi cuerpo como el de un esclavo. Incluso si quieres matarme, estoy presto, o si quieres torturarme, tortúrame como quieras. Pero a tu lecho no podría entrar, ni podría obedecerte en tal cosa si me lo mandaras.

Cuando recibió esta carta Manto cayó en una cólera 5 incontenible, y mezclando todo, vergüenza, celos, dolor

y miedo, pensó en cómo se vengaría del que la había despreciado.

6 Entre tanto volvió de Siria Apsirto, trayendo a su hija un novio de allí, llamado Meris. Y nada más llegar urdió Manto su maniobra contra Habrócomes, y arrancándose los cabellos y rasgando sus vestiduras salió al encuentro de su padre y cayendo agarrada a sus rodillas dijo:

7 —Compadécete, padre, de tu hija injuriada por un esclavo. Pues el casto Habrócomes intentó quitarme la virginidad y conspiró incluso contra ti diciendo que me amaba. Toma tú digna venganza de él por tal atrevimiento, o, si vas a entregar a tu hija a los esclavos, me mataré a mí misma para evitarlo de antemano.

6 Al oírla Apsirto, creyendo que le decía la verdad, no investigó más el hecho y enviando a buscar a Habrócomes dijo:

—¡Oh atrevido e infame individuo! ¿Has osado injuriar a tus amos y has querido violar a una virgen, siendo un esclavo? No te alegrarás por ello, pues yo me tomaré venganza de ti y haré de tu suplicio un ejemplo para los demás esclavos.

2 Tras decir esto y sin soportar siquiera oír una palabra, ordenó a los esclavos que le desgarraran los vestidos y que llevaran fuego y látigos y golpearan al muchacho.

3 Era un espectáculo lamentable: los látigos hacían irreconocible su cuerpo entero, no acostumbrado a torturas de esclavo, y corría su sangre y se consumía su

4 belleza. Le aplicaron terribles cadenas y fuego, y sobre todo emplearon el látigo, para mostrar al novio de su

5 hija que se iba a llevar una virgen prudente. Y entretanto, Antía se echó a las rodillas de Apsirto y le suplicaba por Habrócomes, pero él le dijo:

—No, sino que aún más será castigado por ti, porque te injurió al enamorarse de otra teniendo mujer.

Y entonces ordenó que lo encerraran cubierto de cadenas en un calabozo oscuro.

7 Él estaba encadenado y en prisión, y un terrible desánimo le invadió, sobre todo porque no podía ver a Antía. Buscó la muerte de muchas maneras, pero no encontró ninguna, porque eran muchos sus guardianes.

Apsirto hizo las bodas de su hija y celebraron fiestas muchos días. 2 Antía por su parte no era más que sufrimiento y, cuando podía convencer a los guardianes de la prisión, entraba junto a Habrócomes sin ser vista y lloraba con él su desgracia.

3 Ya se preparaban para marchar a Siria y Apsirto envió a su hija con muchos regalos. Le dio vestidos babilonios y oro puro y plata, y le regaló a su hija Manto a Antía y a Rode y Leucón. 4 Y cuando Antía se enteró de esto y de que iba a ser llevada a Siria con Manto consiguió entrar en la prisión y abrazando a Habrócomes dijo:

—Mi señor, me llevan a Siria entregada como regalo a Manto, y me veo en manos de la que está celosa de mí. 5 Tú permanecerás en la prisión y morirás lamentablemente, sin tener a nadie que arregle tu cuerpo. Pero te juro por el dios de ambos [28] que yo permaneceré tuya, tanto viva como si me amenaza la muerte.

Diciendo esto le besaba y abrazaba, y acariciaba las cadenas y se arrojaba a sus pies.

8 Finalmente ella salió del calabozo y él, cuando estuvo solo, arrojándose a tierra prorrumpió en lamentos y llantos diciendo:

—¡Oh padre amadísimo, oh Temisto, madre mía! ¿Dónde está esa felicidad que una vez nos pareció tener en Éfeso? ¿Dónde están los brillantes y admirados Antía

---

[28] Antía se refiere con esta expresión al hecho de que ambos tienen, según el oráculo del libro I, un destino común y, por tanto, una misma divinidad que los rige.

y Habrócomes, los bellos? Ella se marcha lejos, a alguna parte de la tierra, cautiva, y yo he perdido mi único consuelo y moriré desdichado, solo en esta prisión.

2 Diciendo esto se apoderó de él el sueño y se le presentó una visión. Le pareció ver a su padre Licomedes con vestidos de luto navegando por toda la tierra y el mar, y que presentándose en su prisión le soltaba y le sacaba del calabozo y que él mismo, convertido en un caballo, era llevado por toda la tierra persiguiendo a una yegua y que finalmente encontraba a la yegua y volvía a ser hombre. Después de soñar esto, se levantó y tuvo un pequeño resquicio de esperanza [29].

9 Él quedaba, pues, encerrado en el calabozo y Antía, por su parte, era llevada a Siria y asimismo Leucón y Rode. Y cuando llegaron los del séquito de Manto a Antioquía [30] (pues de allí era Meris), ella guardaba aún
2 rencor a Rode y odiaba a Antía. Y al punto ordenó que Rode, juntamente con Leucón, fueran embarcados en una nave y fueran vendidos lo más lejos posible de Siria, y en cuanto a Antía, pensaba unirla a un esclavo, y eso de los más viles, a algún campesino, pastor de cabras [31], pensando vengarse de ella con esto.

---

[29] El sueño de Habrócomes no cumple aquí más que en su segunda parte (la reunión final con Antía), una misión de anticipación de los acontecimientos. Tal intervención del padre está totalmente ausente del desarrollo de la novela. Las exactas intenciones del autor al formular este sueño han sido muy discutidas (cf. KERÉNYI, p. 169), pero en cualquier caso su efecto es confortar a Habrócomes e indicar las líneas generales de la acción futura.

[30] Ciudad de Siria situada no lejos del mar, junto al río Orontes. Fue fundada por Seleuco Nicator en el año 301 a. C., y llegó a ser una de las ciudades más pobladas, ricas y cultivadas de todo el Oriente greco-romano.

[31] Es la única alusión de la novela a las labores del campo. Las presenta realizadas por un esclavo de un gran latifundio y se refiere exclusivamente al pastoreo. Es curioso que no haya indicación alguna de labores agrícolas.

Envió a buscar al cabrero, de nombre Lampón, y le entregó a Antía [32] y le ordenó hacerla su mujer y, si se resistía, le ordenó que la forzara. Y ella fue llevada al campo para unirse al cabrero. Y cuando se encontró en el campo donde Lampón apacentaba las cabras, se arrojó a sus rodillas y le suplicó que tuviera compasión de ella y la guardara pura. Le explicó quién era, su anterior nobleza, su marido, su cautividad. Al oírla Lampón se compadeció de la muchacha y le juró guardarla intocada y la exhortó a cobrar ánimos. 3 4

Ella vivía con el cabrero en el campo, llorando todo el tiempo a Habrócomes. Por su parte Apsirto, rebuscando en la habitación donde vivía Habrócomes antes de la tortura, encontró la carta de Manto a Habrócomes y reconoció la letra y descubrió que había castigado a Habrócomes injustamente. Por ello mandó desatarle al punto y llevarlo ante él. 10

Él, que ya había sufrido un tormento cruel y lamentable, se arrojó a las rodillas de Apsirto, pero éste lo levantó y le dijo: 2

—Ten ánimo, oh muchacho. Te he acusado injustamente, convencido por las palabras de mi hija, pero ahora te haré libre en lugar de esclavo y te concedo administrar mi casa [33], y te entregaré como esposa a la hija de alguno de los ciudadanos. Tú no me guardes rencor por lo ocurrido, pues no he sido injusto contigo voluntariamente.

Esto dijo Apsirto y Habrócomes respondió: 3

---

[32] La situación de Antía con el cabrero recuerda la de la Electra de Eurípides, la cual, entregada a un campesino, es respetada por éste, comprendiendo que no podía ser marido de una mujer de tan alta cuna.

[33] El hecho de la existencia de un administrador hace pensar en una situación de acumulación de riquezas en pocas manos, con una clase alta de enormes posesiones.

—Gracias a ti, señor, porque has descubierto la verdad y me recompensas por mi silencio.

Todos los de la casa se alegraron por Habrócomes y dieron gracias por él a su amo. Pero él se encontraba sumido en la mayor desgracia a causa de Antía y muchas veces pensaba consigo mismo:

—¿Qué me importa la libertad? ¿Qué las riquezas y el cuidado de la hacienda de Apsirto? No debo ser yo lo que soy ahora. ¡Ojalá la encuentre a ella viva o muerta!

4 Él estaba en esta situación, gobernando la casa de Apsirto, pero pensando en cuándo y dónde encontraría a Antía. Por su parte Leucón y Rode fueron llevados a Licia, a la ciudad de Janto[34] (ciudad del interior, más alejada del mar) y allí fueron vendidos a un anciano que los trataba con todo tipo de cuidados, considerándolos como sus hijos, pues él no los tenía. Vivían en la abundancia, pero sufrían por no ver a Antía y Habrócomes.

11 Antía llevaba ya un cierto tiempo viviendo con el cabrero cuando Meris, el marido de Manto, que iba a menudo por el campo se enamoró de Antía con tremenda pasión. Y al principio intentó ocultarlo, pero finalmente le contó al cabrero su amor y le prometió mu-2 chas cosas si le ayudaba. Él dio su asentimiento a Meris, pero como temía a Manto fue a su presencia y le contó el amor de Meris. Y ella encolerizándose dijo:

—Soy yo la más desdichada de todas las mujeres. Llevo conmigo a mi rival, por la que primero en Fenicia perdí a mi amante y ahora me veo en peligro de perder el marido. Pero no te alegres, Antía, de parecerle bella también a Meris, pues yo te haré pagar esto y lo de Tiro.

[34] Janto es la capital de la región del Sur de Asia Menor llamada Licia, situada junto al curso inferior del río del mismo nombre.

Por entonces mantuvo la calma y cuando Meris se marchó fuera de su tierra envió a buscar al cabrero y le ordenó coger a Antía y, llevándola a lo más espeso del bosque, matarla y le prometió pagarle por ello. Él tenía piedad de la muchacha, pero por miedo a Manto fue ante Antía y le dijo lo que se había decidido contra ella, y ella se puso a lamentarse y gemir diciendo: 3 4

—¡Ay, esta belleza que en todas partes conspira contra ambos! Por esta hermosura inoportuna ha muerto Habrócomes en Tiro y yo aquí. Pero te lo suplico, cabrero Lampón, ya que hasta ahora me has respetado, si me matas entiérrame como puedas en la tierra de aquí al lado y ciérrame los ojos con tus manos, y al enterrarme nombra muchas veces a Habrócomes. ¡Dulce será para mí la tumba con Habrócomes! 5

Así habló y el cabrero se movió a compasión pensando cuán impía obra iba a realizar al matar a una muchacha tan bella y que ningún mal había hecho. Cogiendo a la muchacha no fue capaz, sin embargo, de matarla y le dijo lo siguiente: 6 7

—Antía, sabes que el ama Manto me ordenó cogerte y matarte, pero yo, que temo también a los dioses y me he compadecido de tu belleza, prefiero venderte lejos de este país, no sea que Manto se entere de que no has muerto y me haga algún mal a mí.

Ella, cogiéndose a sus rodillas entre lágrimas, dijo: 8

—¡Oh dioses y Ártemis diosa de nuestros padres, recompensad al cabrero por estos bienes!

Y le exhortó a venderla. Así pues, el cabrero cogiendo a Antía se encaminó al puerto y habiendo encontrado allí unos comerciantes cilicios les vendió a la muchacha y tomando lo que le pagaron por ella se volvió a su campo. 9

Los comerciantes tomando a Antía la llevaron al barco y, al llegar la noche, emprendieron el camino hacia 10

Cilicia[35]. Pero, detenidos por un viento contrario y destrozada la nave, con grandes dificultades lograron llegar algunos a la playa, puestos a salvo en una plancha

11 del navío. Y entre ellos estaba también Antía. Había en aquel lugar un espeso bosque y, después de vagar por él durante aquella noche, fueron capturados por la banda de Hipótoo el bandido.

12 Mientras ocurría esto, llegó de Siria un esclavo trayendo la siguiente carta de Manto a Apsirto:

Me entregaste a un marido en tierra extranjera. A Antía, que me regalaste junto con los demás esclavos, por haberme hecho muchas maldades le ordené que habitase en el campo. Viéndola a menudo allí se enamoró de ella el bello Meris y, no pudiendo yo soportarlo, envié a buscar al cabrero y le ordené vender de nuevo la muchacha en alguna ciudad de Siria.

2 Al anterarse de esto Habrócomes, no pudo quedarse más allí y ocultándose de Apsirto y de todos los de la casa partió en busca de Antía.

Cuando llegó al campo donde había vivido Antía con el cabrero, se acercó al cabrero[36] al que Manto había dado por esposa a Antía y le pidió a Lampón que le

3 dijera si sabía algo de la muchacha de Tiro. Y el cabrero le dijo su nombre, que se llamaba Antía, y su matrimonio y su respeto a ella, y el amor de Meris, y la orden que recibió sobre ella, y la partida hacia Cilicia. Y le dijo que la muchacha se acordaba sin cesar de un tal Habrócomes.

Él no le dijo quién era y, levantándose con la aurora, dirigió su caballo hacia Cilicia con la esperanza de encontrar a Antía allí.

---

35 Cilicia, región situada al Sur-Este de Asia Menor, cuya costa da al Mediterráneo.

36 Sigo aquí la corrección de Dalmeyda *hypágei parà tòn aipólon.*

Los de la banda del bandido Hipótoo permanecieron 13 aquella noche celebrando un banquete, y al día siguiente iban a celebrar un sacrificio. Todo estaba ya preparado, las imágenes de Ares, leña y coronas. Debía hacer- 2 se un sacrificio de la manera acostumbrada [37]. A la víctima que iba a ser inmolada, fuera hombre o animal, la suspendían de un árbol y alejándose de ella la acribillaban con dardos. Y creían que cuantos le daban, de ellos aceptaba el dios el sacrificio, y cuantos fallaban hacían al punto expiaciones. Y era Antía la que iba a ser sacrificada.

Cuando ya estaba todo preparado y querían colgar a 3 la joven, se oyó un ruido en el bosque y un resonar de hombres. Era el irenarca [38] de Cilicia, Perilao de nombre, hombre de los más poderosos de Cilicia. Este Pe- 4 rilao cayó sobre los bandidos con gran cantidad de hombres y los mató a todos y sólo a unos pocos los cogió vivos. Y solamente pudo escapar Hipótoo llevándose sus armas.

Perilao cogió a Antía y, enterado de la desgracia que 5 iba a sufrir, se compadeció de ella y su compasión por Antía fue el principio de una gran desgracia. La llevó, pues, a ella y a los bandidos capturados a Tarso [39] de Cilicia, y el ver frecuentemente a la joven le llevó al 6 amor, y al poco Perilao se sintió cautivado por Antía.

---

[37] Ver en LOLIANO (fragmento núm. 7) sacrificios humanos similares y también atribuidos a bandas de bandidos y conjurados.

[38] El Irenarca era una especie de oficial de policía con autoridad sobre grandes distritos. La primera mención de este cargo data del año 116 ó 117 d. C., en una inscripción de Caria publicada en el *Bulletin de Correspondance Hellénique* 9, p. 347.

[39] Importante ciudad de Cilicia, gran centro de comercio y cultura, literatura y filosofía en época helenística y romana. Situada en una llanura muy fértil no lejos del mar.

Y cuando llegaron a Tarso, a los bandidos los entregó a la prisión y a Antía la rodeó de cuidados. No tenía mujer Perilao, ni hijos, y tenía no pequeña cantidad de
7 riquezas. Así pues, le decía a Antía que ella lo sería todo para Perilao, esposa, amante e hijos.

8 Ella al principio se resistió, pero no sabiendo qué podía hacer contra él, si usaba la violencia, y como la presionaba mucho, tuvo miedo de que se atreviera a algo más violento y dio su consentimiento al matrimonio, pero le suplicó que esperase un poco de tiempo, unos treinta días y que entretanto la guardase pura. Alegó algún pretexto y Perilao lo creyó y le juró guardarla pura hasta tanto que pasara este plazo.

14 Ella estaba en Tarso con Perilao esperando el momento de la boda y por su parte Habrócomes recorría el camino hacia Cilicia. Y no muy lejos de la cueva de los bandidos (pues también él se había perdido apartándose del camino recto) se encontró con Hipótoo
2 totalmente armado. Y éste al verlo corrió hacia él y le acogió amistosamente y le pidió que fuese su compañero en el camino.

—Pues te veo, oh muchacho, quienquiera que seas, de bella apariencia y por lo demás valeroso, y tu vagar hace pensar que quizá has sufrido un mal encuentro.
3 Marchemos, pues, abandonando Cilicia, hacia Capadocia y el Ponto[40], pues dicen que allí habitan hombres felices.

4 Habrócomes no le contó su búsqueda de Antía y dio su asentimiento a Hipótoo que le insistía, e hicieron juramentos de ayudarse y asistirse. Tenía también Habrócomes la esperanza de encontrar a Antía en tan largo vagar.

---

[40] Capadocia es la región del interior de Asia Menor que está situada tocando al límite Norte de Cilicia. Al Norte de ésta, en la costa del Mar Negro, está el Ponto.

Aquel día volvieron a la cueva por si había aún algo 5 sobrante para ellos, y se recuperaron ellos mismos y sus caballos, pues Hipótoo tenía también un caballo escondido en el bosque.

LIBRO TERCERO

1 Al día siguiente atravesaron la Cilicia e hicieron el camino hacia Mazaco[41], ciudad de Capadocia, grande y
2 bella, pues allí pensaba Hipótoo reunir jóvenes en la plenitud de sus fuerzas y reconstruir de nuevo su banda. A su paso por los grandes poblados encontraron abundancia de todo lo necesario, pues Hipótoo conocía la lengua de los capadocios y todos se conducían con él como con un compatriota.
3 Realizaron el camino en diez días y llegaron a Mazaco, y allí se instalaron cerca de las puertas de la muralla y
4 decidieron recuperarse algunos días del esfuerzo. Y un día cuando estaban banqueteándose, Hipótoo prorrumpió en gemidos y llanto y Habrócomes le preguntó cuál era la causa de sus lágrimas, y él le dijo:

—Larga es mi historia y contiene una gran tragedia.
5 Habrócomes le pidió que se la contara, prometiéndole narrarle también él la suya. Y él, comenzando desde el principio (pues estaban solos) le contó la historia de su vida.

2 —Yo —dijo— soy de una familia de Perinto[42] (ciudad cercana a Tracia) de las más poderosas de allí. Sin duda

[41] Mazaco es el nombre antiguo de la ciudad llamada Cesarea después de Tiberio. Es la llamada *tà Mázaca* de Etrabón XII 2, 7 y 9, situada al pie del monte Argeo.

[42] Perinto, posteriormente llamada Heraclea, está sobre la costa Tracia de la Propóntide, cf. ESTRABÓN, VII Fr. 56 y 57.

has oído hablar de Perinto como famosa y de sus habitantes como felices.

Allí, cuando era joven, me enamoré de un muchacho bello. El muchacho era también de mi país y su nombre era Hiperantes. Me enamoré de él primeramente en el gimnasio, viéndole luchar vigorosamente, y no pude resistirle. Un día en que se celebraba la fiesta de la ciudad y la velada religiosa, me acerqué a Hiperantes y le supliqué que tuviera compasión de mí. Al oírme el muchacho me prometió todo, compadeciéndose de mí. 2 3

Y recorrimos las primeras etapas del amor: besos, caricias y muchas lágrimas por mi parte y finalmente pudimos, escogiendo la ocasión oportuna, estar a solas uno con el otro, lo que no era sospechoso dada nuestra igual edad. Y tuvimos relaciones mucho tiempo, amándonos ambos extremadamente, hasta que un dios tuvo celos de nosotros [43]. 4

Llegó un hombre de Bizancio [44] (Bizancio está cerca de Perinto), de los más poderosos de allí, muy orgulloso por su riqueza y opulencia. Se llamaba Aristómaco. Éste nada más poner el pie en Perinto, como si hubiese sido enviado contra mí por algún dios, vio a Hiperantes conmigo y al punto se sintió cautivado, lleno de admiración por la belleza del muchacho, que era capaz de atraerse a cualquiera. 5 6

Enamorado, no contuvo con moderación su amor, sino que primero se dedicó a enviar mensajes al muchacho, y como esto no le dio resultado (pues Hiperantes por amor a mí no dejaba que nadie se le acercase) convenció a su padre, hombre vil y esclavo del dinero. Y él le entregó a Hiperantes, pretextando que 7 8

---

[43] Es clásico el tema de los celos de un dios como causa de las desgracias de los mortales.

[44] Bizancio es también el nombre antiguo de la ciudad cuya situación es bien conocida y que fue llamada con Constantino Nueva Roma y posteriormente Constantinopla.

era para que lo educase, pues decía que era maestro de oratoria. Y en cuanto lo tuvo en sus manos, primero lo tuvo encerrado y después de esto se marchó a Bizancio.

9 Yo los seguí, dando de lado todos mis asuntos y cuantas veces podía me unía al muchacho. Pero podía pocas y apenas obtuve algún raro beso y alguna conversación llena de dificultades; estaba vigilado por mucha gente.

10 Finalmente, no pudiendo soportarlo más, excitándome a mí mismo volví a Perinto y, tras vender todas mis posesiones y reunir dinero, me fui a Bizancio y tomando un puñal (de acuerdo también en esto con Hiperantes) entré de noche en casa de Aristómaco y lo encontré acostado con el niño y, lleno de cólera, herí a Aristómaco mortalmente.

11 Como había tranquilidad y todos reposaban salí sin ser visto, llevándome también a Hiperantes, y después de caminar durante toda la noche hacia Perinto nos embarcamos nada más llegar y navegamos hacia Asia.

12 Y hasta un cierto tiempo se desarrolló la travesía felizmente, pero al final, cuando estábamos junto a Lesbos, cayó sobre nosotros un fuerte vendaval y la nave volcó. Yo nadé con Hiperantes, sosteniéndole, y le hacía más ligero el esfuerzo de nadar. Pero al llegar la noche ya no pudo más el muchacho y abatido por la natación se murió.

13 Y yo no pude hacer más por él que poner a salvo su cuerpo en tierra y darle sepultura. Y después de derramar muchas lágrimas y lamentarme mucho y de coger algunas reliquias de él, pude conseguir una piedra adecuada y elevé una estela en la tumba, y escribí en recuerdo del desdichado muchacho un epigrama que compuse en aquel mismo momento:

Hipótoo te construyó este sepulcro, glorioso Hiperantes,
tumba de muerte, no digna de tan buen ciudadano.

Al abismo desde la tierra bajaste, ilustre flor, al que una
[vez un dios
arrebató en el piélago, impetuosa soplando la tormenta.

14 De allí, no pensando volver a Perinto, me dirigí a través del Asia hacia la gran Frigia y Panfilia[45] y allí, por la falta de medios de vida y el desánimo de mi desgracia, me entregué al bandidaje. Al principio fui sólo uno más de una banda, pero posteriormente en Cilicia reuní mi propia banda y alcancé gran renombre, hasta que fueron capturados mis hombres no mucho antes de verte a ti.

15 Esta es mi historia. Ahora tú, queridísimo, cuéntame la tuya. Pues es evidente que es alguna necesidad grande la que te ha llevado a andar errante.

3 Habrócomes le contó que era efesio, que se había enamorado de una muchacha y se había casado con ella, y lo de la profecía y el viaje fuera de la patria, y los piratas y lo de Apsirto y Manto, y las cadenas y la huida, el cabrero y el camino hacia Cilicia. 2 Y mientras estaba él aún hablando Hipótoo unió a los suyos sus lamentos diciendo:

—¡Oh padres míos, oh patria, que nunca más veré, oh Hiperantes, lo más amado para mí de todo! Tú al menos, Habrócomes, verás a tu amada y la recobrarás quizá algún día, con el tiempo. Pero yo nunca más veré a Hiperantes.

3 Diciendo esto le mostró el cabello de Hiperantes y lloró sobre él. Y cuando ambos se hubieron lamentado

---

[45] Frigia es una región del Oeste de Asia Menor, situada en el interior. Panfilia está en la costa Sur, entre Licia y Cilicia. Indudablemente se trata de indicar que Hipótoo no siguió una ruta predeterminada, sino que se limitó a pasar de la isla de Lesbos al continente y por allí anduvo errante hasta enrolarse con unos bandidos en Cilicia.

suficientemente, Hipótoo fijando sus ojos en Habrócomes le dijo:

4 —Hay otra historia que he omitido contarte. Poco antes de la captura de mi banda se presentó en nuestra cueva una bella muchacha que andaba errante y que tenía la misma edad que tú. Dijo que su patria era la tuya y nada más supe de ella. Decidimos sacrificarla a Ares y ya estaba todo preparado, cuando se presentaron nuestros perseguidores. Yo escapé y no sé qué fue 5 de ella. Era muy bella, Habrócomes, y vestida con sencillez. De rubios cabellos y dulces ojos.

Aún estaba él hablando cuando Habrócomes gritó:

—¡Has visto a mi Antía, Hipótoo! ¿A dónde habrá huido? ¿Qué tierra la tiene ahora? Volvamos a Cilicia y 6 y busquémosla, no estará lejos de vuestro refugio. Sí, por el alma de tu Hiperantes, no seas cruel conmigo voluntariamente, sino que vayamos a donde podamos encontrar a Antía.

Hipótoo le prometió hacerlo y le dijo que necesitaban reunir algunos hombres para tener seguridad en el camino.

7 Ellos estaban en esto, pensando cómo volverían a Cilicia. Y por su parte a Antía le habían pasado ya los treinta días y se preparaba la boda de Perilao. Traían víctimas del campo y había gran abundancia de todo lo demás. Se presentaron también los amigos y parientes y también muchos de los ciudadanos celebraban con él la boda de Antía.

4 Por la época en que Antía era capturada en el refugio de los bandidos llegó a Tarso un anciano efesio, médico de oficio, llamado Eudoxo. Llegó arrojado allí por un naufragio cuando navegaba hacia Egipto.

2 Este Eudoxo iba a visitar a cada uno de los hombres más honrados de Tarso y les pedía a unos vestidos, a otros dinero, contándole a cada uno su desgracia. Fue también a ver a Perilao y le dijo que era de Éfeso y

médico, y él cogiéndole lo llevó ante Antía, pensando 3 que le agradaría ver a un efesio. Ella acogió amistosamente a Eudoxo y le preguntó si podía darle noticias de los suyos, pero él nada sabía, pues ya hacía mucho tiempo que estaba ausente de Éfeso. Aún así, no se alegraba menos con él Antía recordando su patria. Y él se hizo 4 familiar a los de la casa y entraba a cada momento a ver a Antía, consiguiendo de ella todo lo necesario y suplicándole constantemente que le hiciese volver a Éfeso, pues tenía allí mujer e hijos.

Cuando todo lo de la boda de Perilao estuvo prepa- 5 rado, llegó el día fijado, se les dispuso un banquete suntuoso y Antía fue adornada con los vestidos de novia. Pero no cesaba de llorar ni de noche ni de día, sino que siempre tenía ante sus ojos a Habrócomes. Tenía en la 2 mente a la vez muchas cosas, su amor, los juramentos, la patria, los padres, su indefensión, el matrimonio... Y escogiendo un momento en que pudo estar a solas, arrancándose los cabellos dijo:

—¡Ay de mí, pérfida y criminal, que no respondo a Habrócomes con acciones iguales a las suyas! Pues él, 3 para seguir siendo mi esposo, soportó cadenas y torturas, y quizá incluso haya muerto. Y yo me olvido de ello y voy a casarme, desdichada, y se me cantará el himeneo y seré llevada al lecho de Perilao. Pero, oh alma de Ha- 4 brócomes, la más querida para mí de todas, no sufras nada por mí, pues jamás te ofendería por mi voluntad. Me marcharé (de esta vida) y hasta la muerte seguiré siendo tu esposa.

Esto dijo y, habiendo llegado a su presencia Eudoxo, 5 el médico efesio, llevándole a una habitación apartada cayó a sus pies y le suplicó que no revelara nada de lo que iba a decirle y le juró por la diosa de su patria, Artemis, hacer todo cuanto él le pidiera. Eudoxo la hizo 6 levantarse, a ella que se lamentaba mucho, y la exhortó a tener ánimo y le hizo un juramento, prometiéndole

prestarse a todo. Y entonces ella le contó el amor de Habrócomes, los juramentos que le había hecho y sus 7 pactos respecto a la virtud de ambos. Y añadió:

—Si me fuese posible recobrar en vida a Habrócomes vivo o escapar de aquí sin ser vista, deliberaría sobre el modo de hacerlo. Pero, ya que él ha muerto y me es imposible huir y también me lo es el soportar la imposible boda que se avecina (pues no romperé mi pacto con Habrócomes ni violaré mis juramentos), sé tú por ello mi auxilio, encontrándome una pócima que me libe- 8 re, desdichada, de mis males. A cambio de ello recibirás muchos bienes por parte de los dioses, a los que antes de mi muerte rogaré repetidamente por ti, y por otra parte yo misma te daré dinero y te prepararé el viaje. Podrás, antes de que nada se sepa, embarcar en una nave y navegar hacia Éfeso. Y cuando llegues allí busca a mis padres Megamedes y Evipe y anúnciales mi fin y todo lo ocurrido en mi ausencia. Y diles que Habrócomes ha muerto.

9 Tras decir esto se arrojó a sus pies y le suplicó que no le dijera que no y le diera la pócima. Y sacando veinte minas de plata y sus collares (de todo tenía en abundancia, pues tenía licencia para disponer de todo lo de Perilao) se los dio a Eudoxo. Y él, tras reflexionar largamente, compadeciéndose de la desgracia de la joven, ansioso de marchar a Éfeso y vencido por la plata y los regalos, prometió darle la pócima y se marchó a buscarla.

10 Ella entre tanto se quedó lamentándose, deplorando su juventud y llorando por ir a morir antes de su hora; y muchas veces llamó a Habrócomes como si estuviera 11 presente. En esto, al cabo de un poco de tiempo, volvió Eudoxo trayendo una pócima, pero no mortal, sino un soporífero, de suerte que la joven no sufriera daño algu-

no y él se pusiera a salvo bien provisto de recursos [46]. Antía la cogió y dándole muchas gracias lo dejó ir.

Él, embarcándose al punto en una nave, se hizo a la mar y ella por su parte buscaba el momento más oportuno para beber la pócima.

6 Se hizo la noche, estaba ya preparado el tálamo y llegaron a llevar a Antía los designados para ello. Y ella salió contra su voluntad y llorando y ocultando en su mano la pócima. Y cuando llegó cerca del tálamo, los 2 amigos entonaron el himeneo y ella prorrumpió en lamentos y se echó a llorar diciendo:

—Así fui llevada antes a mi esposo Habrócomes. Nos escoltaba el fuego del Amor y se cantaba el himeneo 3 por unas bodas felices. Pero ahora ¿qué vas a hacer, Antía? ¿Ofenderás a Habrócomes, tu marido, tu amado, el que ha muerto por ti? ¡No seré yo tan débil ni tan cobarde en los males! Lo he decidido, bebamos la pócima. Es preciso que sólo Habrócomes sea mi esposo: es a él a quien quiero, aún muerto.

4 Esto dijo y fue conducida al tálamo.

Y se encontró sola, pues Perilao aún estaba en el banquete con los amigos. Pretextando estar invadida por la sed a causa de la agitación ordenó a uno de los criados que le trajera agua para beber, y una vez que le llevaron la copa, tomándola, cuando ya nadie estaba con ella le 5 echó dentro la pócima y llorando dijo:

—¡Oh alma de mi amadísimo Habrócomes! He aquí que cumplo mi promesa y emprendo el camino que me lleva a ti, camino desdichado, pero al que me veo obligada. Recíbeme contento y dame una vida feliz allí contigo.

Tras decir esto, bebió la pócima y al punto se apoderó de ella el sueño y cayó a tierra y la pócima actuó con todo su poder.

[46] El tema del falso veneno es típico de la literatura amorosa y se hace ya clásico en el episodio de la Julieta de Shakespeare.

7 Cuando entró Perilao y vio a Antía yacente se quedó estupefacto y dio un fuerte grito, y se produjo un enorme tumulto entre los de la casa y muchos sentimientos entremezclados: lamentos, miedo y estupor. Unos lamentaban a la que parecía muerta, otros se unían al dolor de Perilao; y todos juntos lloraban lo ocurrido. 2 Por su parte, Perilao, rasgando sus vestiduras y arrojándose sobre su cuerpo, dijo:

—¡Oh mi amadísima niña! ¡Oh tú que has abandonado a tu amante antes de la boda, que tan pocos días fuiste novia de Perilao! ¿Es la tumba el tálamo al que 3 vamos a llevarte? Feliz fue ese Habrócomes quienquiera que sea, feliz en verdad él, que obtuvo de su amada tal regalo.

Así se lamentaba y la abrazaba entera y le besaba las manos y los pies.

—Novia —decía— desdichada, la más infortunada de las mujeres.

4 La adornó vistiéndole ricas túnicas y cubriéndola con mucho oro, y no pudiendo soportar más el verla, al llegar el día puso a Antía en un lecho (ella yacía aún sin sentido) y la llevó a las tumbas que había cerca de la ciudad. Allí la depositó en una habitación, después de degollar sobre ella muchas víctimas y quemar encima muchos vestidos y otras clases de adornos.

8 Él, tras cumplir lo que ordenaba la ley, fue llevado de nuevo a la ciudad por sus parientes. Y Antía por su parte, abandonada en la tumba, volvió en sí [47] y, dándose cuenta de que la pócima no era mortal, lamentándose y llorando dijo:

—¡Oh pócima, tú me has engañado, tú me has impedido seguir la feliz senda que me llevaba a Habróco-

---

47 Todo este episodio de la falsa muerte de Antía y su liberación de la tumba por unos ladrones recuerda punto por punto la historia de Calírroe en el libro I de Caritón.

mes! He fracasado, desdichada, incluso en mi deseo de morir. Pero me es posible cumplir por el hambre la obra 2 del fármaco, con sólo permanecer en la tumba, pues nadie me sacará de aquí, ni yo volveré a ver el sol ni saldré a la luz.

Diciendo esto se animó, esperando valerosamente la muerte.

Entretanto se hizo de noche y unos ladrones, entera- 3 dos de que había sido enterrada con toda suntuosidad una muchacha y que con ella yacían muchos adornos femeninos y mucha plata y oro, fueron a la tumba y rompiendo las puertas entraron y se llevaron las riquezas y vieron a Antía viva, y pensando que ella era un gran botín la hicieron levantar y quisieron llevársela. Pero ella, arrojándose a sus pies, les suplicaba diciendo: 4

—Tomad todos los adornos que hay y todo lo enterrado conmigo y lleváoslo, pero dejad mi cuerpo. Estoy 5 consagrada a dos dioses, a Eros y a la Muerte, dejad que me dedique a ellos. Sí, por los dioses de vuestros padres, no me mostréis al día a mí, que he sufrido cosas dignas de la noche y las tinieblas.

Así dijo, pero no convenció a los ladrones, sino que sacándola fuera de la tumba la llevaron al mar y metiéndola en una lancha pusieron proa a Alejandría. Y en el barco la cuidaban y la exhortaban a cobrar ánimo.

Ella, dándose cuenta de en qué males había caído de 6 nuevo, se lamentaba y lloraba.

—Otra vez —decía— los piratas y el mar, otra vez cautiva, pero ahora con más desdichas aún, pues no estoy con Habrócomes. ¿Qué tierra me recibirá? ¿A qué 7 hombres veré?

Con esto lloraba continuamente y no quería probar la comida ni la bebida, pero los piratas la obligaban.

Ellos, tras llevar a buen fin la travesía, en no pocos 9 días arribaron a Alejandría y allí hicieron desembarcar

a Antía y decidieron entregarla sin tardanza a unos mercaderes.

Perilao, enterado de la violación de la tumba y la desaparición del cuerpo, estaba poseído por un dolor enorme e incontenible. 2 Y por su parte Habrócomes investigaba y se informaba discretamente si alguien sabía de una muchacha extranjera, llevada cautiva con los bandidos y, como no encontró nada, volvió desanimado a donde se alojaban. Los hombres de Hipótoo les habían preparado la comida.

3 Y todos los demás comían, pero Habrócomes estaba totalmente descorazonado y lloraba tirado sobre el lecho 4 y allí yacía, sin probar bocado. Pero a medida que iban bebiendo los hombres de Hipótoo, una vieja que estaba presente, cuyo nombre era Crisio, empezó a contar una historia.

—Oíd —dijo—, oh extranjeros, un triste suceso que 5 ocurrió no hace mucho en la ciudad. Un cierto Perilao, hombre de los más poderosos, fue elegido para ejercer el cargo de irenarca de Cilicia, y saliendo a la busca de bandidos cogió algunos prisioneros y se los trajo, y con ellos una hermosa muchacha, a la que persuadió de ca- 6 sarse con él. Y estaban ya cumplidos todos los ritos de la boda cuando ella, después de entrar en la cámara nupcial, sea por locura o por estar enamorada de algún otro, bebió una pócima que no se sabe de dónde había obtenido y murió. Así se nos ha contado en efecto que fue su muerte.

Al oírla dijo Hipótoo:

—¡Esa es la muchacha que Habrócomes busca!

7 Habrócomes había oído la historia, pero estaba sin fuerzas por el desaliento, y al fin, saltando ante la voz de Hipótoo, dijo:

—¡Ahora ya es verdad que ha muerto Antía y su tumba está aquí y guarda su cuerpo!

8 Así dijo y suplicó a la vieja Crisio que lo llevara a la tumba y le mostrara su cuerpo, pero ella se puso a gemir y dijo:

—Eso es en verdad lo más triste de la infortunada muchacha. Pues Perilao la enterró con todo lujo y así la adornó también, y unos ladrones, enterados de los objetos que habían enterrado con ella, violaron la tumba y se llevaron los adornos e hicieron desaparecer el cuerpo. Perilao ha emprendido con todo empeño la investigación de estos hechos.

10 Al oírla, Habrócomes rasgó su túnica y se puso a lamentar con grandes voces el que Antía hubiese muerto, aunque con honor y virtud, y el que hubiera desaparecido, desdichada, después de la muerte.

2 —¿Qué ladrón es ese tan enamorado que incluso muerta te deseaba y se llevó tu cuerpo?[48]. Me veo privado, infeliz, incluso de tu cadáver, mi único consuelo. 3 He resuelto decididamente morir, pero primero tendré fuerzas hasta encontrar tu cuerpo y poder enterrarme con él abrazándolo.

Esto decía entre lamentos y los hombres de Hipótoo le exhortaban a tener ánimo.

4 Ellos reposaron durante toda la noche, pero Habrócomes daba vueltas en su pensamiento a todo: Antía, la muerte, la desaparición. Y no pudiendo soportarlo más, a escondidas de todos (pues los hombres de Hipótoo dormían bajo los efectos de la embriaguez) salió como si necesitara algo y abandonándolos a todos se fue hacia el mar y encontró una nave que zarpaba hacia Alejandría y, embarcando en ella, se hizo a la mar con la esperanza de coger en Egipto a los ladrones que se habían llevado todo. Le guiaba a ello una vana esperanza.

---

[48] Cf. los lamentos de Quéreas al descubrir la violación de la tumba de Calírroe (Caritón, III 3, 4-7).

5 Él, pues, navegaba hacia Alejandría[49] y al llegar el día los hombres de Hipótoo se afligieron por la separación de Habrócomes, pero a los pocos días se recobraron y decidieron marchar a Siria y Fenicia dedicándose al pillaje.

11 Los ladrones entregaron a Antía, en Alejandría, a unos mercaderes obteniendo por ella mucha plata, y éstos la trataron con toda solicitud y cuidaron su cuerpo, mientras buscaban sin parar alguien que pudiera comprarla pagando su justo precio.

2 Y llegó a Alejandría un hombre de la India, de los reyes de allí, para ver la ciudad y para negocios, de nom-
3 bre Psamis. Este Psamis vio a Antía en casa de los mercaderes y, al verla, se sintió cautivado y dio mucho
4 dinero a los mercaderes y la hizo su esclava. Tras la compra, este hombre bárbaro intentó inmediatamente forzarla y usarla para su placer. Ella no quería y al principio opuso resistencia, pero finalmente pretextó ante Psamis (los bárbaros son de natural supersticioso) que su padre la había consagrado a Isis al nacer hasta que fuera apta para el matrimonio, y le dijo que para ello faltaba aún un año.

5 —Así pues —dijo—, si usas de violencia con la consagrada a la diosa ella se irritará y terrible será su venganza.

---

49 No hay razón aparente para que Habrócomes se vaya a Egipto, como no la hubo antes para que se marchase con Hipótoo abandonando Cilicia, donde según sus noticias debía estar Antía. Jenofonte de Éfeso no se preocupa de fundamentar lógicamente las andanzas de Habrócomes como sí lo hace Caritón con las de Quéreas. Más tarde Habrócomes se irá también a Sicilia sin motivo alguno aparente, confiado simplemente en encontrar a Antía cumpliendo cuanto antes las predicciones del oráculo sobre su vagar por el mundo antes de reunirse con ella. El autor se complace también en hacer entrecruzarse el itinerario de los esposos sin que ellos sepan que están cerca, de ahí que fuerce en cierto sentido las motivaciones de los viajes en aras del mayor dramatismo que esta circunstancia le proporciona.

Se dejó convencer Psamis, reverenció a la diosa y se abstuvo de tocar a Antía.

12 Ella estaba aún guardada en casa de Psamis, considerada como consagrada a Isis. Y la nave que llevaba a Habrócomes equivocó el camino de Alejandría y fue a dar a la desembocadura del Nilo, la región llamada Paralia, y a la parte de la costa de Fenicia. 2 Nada más desembarcar, algunos de los pastores del país [50] se arrojaron contra ellos, robaron el cargamento y encadenaron a los hombres y los llevaron por un largo camino del desierto a Pelusio [51], ciudad de Egipto, y allí los vendieron a cada uno a un amo.

Compró a Habrócomes un anciano soldado (estaba ya retirado) llamado Araxo. 3 Este Araxo tenía una mujer repugnante de ver y aún peor de oír, cuya desvergüenza sobrepasaba todo lo imaginable, Cino de nombre. Esta Cino se enamoró de Habrócomes en cuanto fue llevado a la casa y no se contuvo: era terrible tanto en enamorarse como en querer colmar su deseo.

4 Araxo le cogió cariño a Habrócomes e hizo de él un hijo, y Cino le hizo la proposición de cohabitar y le pidió que cediera, y le prometió tomarlo por marido y matar a Araxo. Terrible le parecía esto a Habrócomes y miraba muchas cosas a la vez: Antía, los juramentos, la virtud que ya tantas veces le había traído desgracias; pero finalmente, ante la insistencia de Cino, se lo prometió.

5 Al llegar la noche, Cino, pensando en que iba a tener por marido a Habrócomes, mató a Araxo y le dijo a

---

[50] Los pastores del Delta del Nilo, que protagonizaron una rebelión en el año 172 d. C., aparecen también en otras novelas formando bandas de bandidos y conjurados. Ver la *Introducción* a LOLIANO, fr. núm. 7.

[51] Pelusio es una ciudad del Delta del Nilo, situada en el brazo más oriental del Nilo, punto estratégico por estar justamente en el paso obligado de los invasores procedentes de Asia.

Habrócomes lo que había hecho. Pero él, no pudiendo soportar la impudicia de la mujer, se fue de la casa, abandonándola, diciendo que no podía acostarse con
6 una mujer manchada por el crimen. Ella, vuelta en sí, al despuntar el día fue a donde estaba el pueblo de los pelusiotas, lloró a su marido y dijo que lo había matado el esclavo que habían comprado hacía poco, y se quejó de muchas más cosas y la gente creyó que decía la verdad. Ellos cogieron al punto a Habrócomes y encadenándolo lo enviaron al que entonces era gobernador de Egipto[52], y él fue llevado a Alejandría para sufrir su castigo, pues se creía que había matado a su amo Araxo.

---

[52] Esta mención de un «gobernador» de Egipto es utilizada como punto de apoyo para datar la novela, ya que es después de la conquista de este país por Augusto, en el año 30 a. C., cuando el emperador-faraón es sustituido por un gobernador romano.

LIBRO CUARTO

Los hombres de Hipótoo, que le seguían desde Tarso, 1 marcharon hacia Siria apoderándose de todo lo que encontraban en su camino: incendiaron muchos pueblos y degollaron a muchos hombres. Así llegaron a Laodicea de Siria[53] y allí se establecieron, no como bandoleros, sino como quienes van a visitar la ciudad. Allí Hipótoo 2 hizo investigaciones por si podía encontrar a Habrócomes, y como nada averiguó, una vez que se hubieron repuesto se dirigieron hacia Fenicia y de allí a Egipto, pues habían decidido hacer sus expediciones en Egipto. Tras reunir una gran banda fueron a Pelusio y, nave- 3 gando por el río Nilo, a Hermópolis de Egipto y a Esquedia[54], y entrando en el canal del río construido bajo Menelao, pasaron de largo por Alejandría y fueron a

---

[53] Laodicea de Siria era una ciudad muy floreciente en la época imperial, situada en la costa mediterránea de Siria, en una península. Los bandidos siguen un itinerario prefijado, bajando por las costas de Siria y posteriormente las de Fenicia para pasar a Egipto por el istmo.

[54] De Hermópolis no sabemos si es la ciudad situada en el Delta, en la costa Sur del lago Buto, o bien si es la llamada «Hermópolis parva», también situada en el Delta del Nilo, pero más al Oeste, cerca de Alejandría y de Esquedia, la cual a su vez se encuentra sobre el canal que une Alejandría con el llamado *Ostium Nili Canobicum*, el más importante de los brazos occidentales del Delta del Nilo.

Menfis, la ciudad sagrada de Isis y de allí a Mendes[55].
4 Tomaron allí a algunos de los nativos como miembros de la banda y guías para el camino. Atravesando Tava[56] fueron a la ciudad de Leontó y pasando de largo por otras numerosas aldeas, la mayoría desconocidas, se llegaron a Copto[57], cerca de Etiopía.

5 Decidieron dedicarse al pillaje allí, pues era grande la multitud de mercaderes que atravesaba la región, yendo unos hacia Etiopía y otros hacia la India. La banda era de quinientos hombres. Tras tomar las alturas de Etiopía y disponer unas cuevas como refugios, decidieron atacar a los transeúntes.

2 Por su parte Habrócomes había llegado ante el gobernador de Egipto (los pelusiotas le habían escrito lo ocurrido: la muerte de Araxo y que siendo un esclavo se había atrevido a tanto). Así pues, él, enterado de cada una de estas cosas, y sin preguntar más por lo ocurrido, ordenó que se llevasen a Habrócomes y lo colgasen de una cruz[58].

---

[55] Todo el itinerario es una pura fantasía. Menfis, la antigua capital de Egipto, está al Sur, ya fuera del Delta, en tanto que Mendes se encuentra junto a uno de los brazos orientales del Delta. Da la impresión de que el autor se limita a enumerar una serie de nombres de lugar egipcios a fin de dar color local a su relato, pero sin una excesiva preocupación por la exactitud geográfica.

[56] De nuevo una ciudad de la parte occidental del Delta, a orillas del citado *Ostium Nili Canobicum*. Del mismo modo Leontó puede ser Leontópolis, que se levanta más al Sur, junto al mismo brazo del Delta.

[57] Copto se encuentra efectivamente más hacia el Sur, a la orilla del Nilo y cercana a Tebas, y era el principal puente del comercio de Egipto con Libia, Arabia y la India en época ptolemaica y romana.

[58] También Quéreas (CARITÓN, IV 2, 6) es condenado a morir en la cruz por un delito que no ha cometido y sin que se quiera oír tampoco su defensa. La resolución de ambas situaciones marca muy claramente el diferente talante de los dos autores: mientras

Él estaba anonadado por estas desgracias, pero le daba ánimos el ir a morir, porque creía que también Antía estaba muerta. Le llevaron los que habían recibido esta orden junto a las orillas del Nilo; había un precipicio cortado a pico en dirección a la corriente del río. Levantaron la cruz y le suspendieron de ella amarrándole las manos y los pies con cuerdas, pues éste es el modo de crucifixión que allí utilizan, y abandonándole se marcharon pensando que dejaban al ajusticiado en lugar seguro. Y él, mirando al sol y viendo la corriente del río dijo: 2 3 4

—Oh tú, el dios más benevolente con los hombres, que posees Egipto, por quien la tierra y el mar son visibles para todos los hombres, si en algo te ofendió Habrócomes, que muera lamentablemente y que soporte un castigo aún mayor que éste, si es que lo hay. Pero si he sido traicionado por una mujer malvada, que no se manche la corriente del Nilo con el cuerpo de quien muere injustamente, ni veas tú tal espectáculo, morir un hombre inocente aquí, sobre tu tierra. 5

Hizo esta súplica y el dios se apiadó de él, y se levantó de pronto una ráfaga de viento que se lanzó sobre la cruz e hizo caer la tierra que había sobre el precipicio en la que estaba enclavada la cruz. Habrócomes cayó en la corriente y fue arrastrado por ella sin que el agua le hiciera daño alguno ni las cuerdas le obstaculizaran ni las fieras le lesionaran, sino que le llevaba la corriente. Así arrastrado llegó a las desembocaduras del Nilo en el mar y allí lo cogieron los centinelas y como a un fugitivo del castigo lo llevaron ante el gobernador de Egipto. 6 7

Éste, aún más encolerizado y considerándolo un perfecto criminal mandó hacer una pira y, colocándolo encima, quemar en ella a Habrócomes. Y estaba ya todo 8

---

que Quéreas se salva por una casualidad puramente humana, Habrócomes recibe la ayuda de auténticos milagros de los dioses.

preparado, la pira junto a la desembocadura del Nilo, y pusieron encima a Habrócomes y encendieron debajo el fuego. Y cuando ya casi la llama iba a tocar su cuerpo, de nuevo suplicó con las pocas fuerzas que le que-
9 daban, que le salvara de sus presentes males. Y entonces el Nilo hizo alzarse una ola y sus aguas cayeron sobre la pira y apagaron las llamas.

El asombro se apoderó de todos los presentes y cogiendo a Habrócomes lo llevaron ante el gobernador de Egipto y le dijeron lo que había pasado y le contaron
10 la ayuda que le había prestado el Nilo. Se admiró él al oír lo ocurrido y ordenó guardarlo en prisión, pero tener con él todo tipo de cuidados.

—Hasta que —dijo— sepamos quién es este hombre y por qué se preocupan así de él los dioses.

3 Él, pues, estaba en prisión. Por su parte Psamis, el que había comprado a Antía, decidió volver a su patria e hizo todos los preparativos necesarios para el viaje. Tenía que ir recorriendo el camino del Alto Egipto hasta
2 Etiopía, donde estaba la banda de Hipótoo. Todo estaba ya presto, muchos camellos y asnos y caballos de carga; y había gran cantidad de oro y plata y también gran
3 cantidad de vestidos. Y se llevaba también a Antía. Y ella, cuando tras sobrepasar Alejandría llegó a Menfis, suplicó a Isis colocándose ante su templo [59]:

—Oh la más grande de las diosas, hasta ahora me mantengo pura porque se me cree tuya, y guardo sin mancha mi matrimonio con Habrócomes. Pero ahora me voy a la India, lejos de la tierra de los efesios, lejos
4 de los restos de Habrócomes. Por ello, o sálvame a mí, desdichada, y devuélveme a Habrócomes si está vivo, o, si es nuestro destino morir separados, haz al menos esto, que yo permanezca fiel al muerto.

---

[59] El templo de Isis en Menfis fue construido por Amasis, según Heródoto, *Historia* II 176, y era para éste una de las más bellas obras del país.

Tal fue su súplica, y siguieron el viaje; y ya habían pasado Copto y entraban en la frontera de Etiopía cuando cayó sobre ellos Hipótoo y mató a Psamis y a la mayoría de los suyos y se apoderó de sus riquezas e hizo prisionera a Antía. 5

Reuniendo el tesoro capturado lo llevó a la cueva designada para depósito del botín, y allí fue también Antía. Pero no reconoció a Hipótoo ni él a Antía y, cuando le preguntaron quién era y de dónde, no dijo la verdad sino que afirmó que era egipcia y se llamaba Menfitis. 6

Ella estaba con Hipótoo en la cueva de los bandidos. Entre tanto el gobernador de Egipto envió a buscar a Habrócomes y le preguntó su historia, se enteró de sus vicisitudes y se compadeció de su suerte, le dio dinero y le prometió hacerlo volver a Éfeso. 4

Él le dio las gracias por salvarlo, pero le suplicó que le permitiera buscar a Antía. Y tomando muchos presentes se embarcó en una nave y puso proa a Italia[60], esperando averiguar allí algo de Antía. El gobernador de Egipto, enterado de lo que había ocurrido con Araxo, envió a buscar a Cino y la hizo crucificar. 2

Estando Antía en la cueva, se enamoró de ella uno de los bandidos que la custodiaba, Anquíalo de nombre. Este Anquíalo era de los que se habían unido a Hipótoo en Siria, laodiceo de origen, y gozaba de gran consideración ante Hipótoo como hombre valeroso y de gran poder en la banda. 5

---

60 No hay tampoco motivo ninguno para este viaje de Habrócomes a Italia. Parece simplemente que el autor se complace en aumentar el clímax de la novela al hacer alejarse a Habrócomes de nuevo, después de haber estado, sin saberlo, tan cerca de Antía, precisamente cuando ésta se va a encontrar en mayor peligro.

Por otra parte con este viaje el ámbito geográfico de la novela se ensancha a todo el Mediterráneo centro-oriental, precisamente donde se desarrollan las aventuras del relato de Caritón.

2 Enamorado de ella, al principio recurrió a las palabras para persuadirla, y decía que la iba a conseguir con sus palabras y que la iba a pedir a Hipótoo como 3 regalo. Ella se negaba a todo y nada la turbaba, ni la cueva, ni las cadenas, ni las amenazas del bandido. Se guardaba a sí misma aún para Habrócomes, pese a creerlo muerto, y muchas veces gritaba, cuando podía hacerlo sin ser oída:

—Quiero permanecer siendo esposa sólo de Habrócomes, aunque tenga que morir y aunque tenga que sufrir cosas peores que las que ya he sufrido.

4 Esto llevaba a Anquíalo a mayor tormento, y el ver a Antía a diario le inflamaba aún más en su amor, y no 5 pudiendo resistir más, intentó forzarla. Y un día, de noche, cuando no estaba allí Hipótoo, sino que estaba con los demás en una expedición, se arrojó sobre ella e intentó mancillarla. Pero ella, colocada en una situación límite, echando mano de una espada que había allí al lado hirió a Anquíalo y el golpe fue mortal. Él, en efecto, estaba inclinado hacia ella con todo su cuerpo, tratando de abrazarla y besarla, y ella, llevando la espada por debajo, le hirió en pleno pecho.

6 Anquíalo pagó el justo castigo por su criminal deseo, pero Antía tuvo miedo de lo que había hecho y deliberó mucho si matarse a sí misma (pero aún tenía esperanzas de ver a Habrócomes) o escapar de la cueva (pero esto le era imposible, pues ni el camino le era fácil ni tenía quien le mostrara la ruta). Decidió, por tanto, permanecer en la cueva y soportar lo que la divinidad quisiera.

6 Aquella noche se quedó allí sin poder dormir y llena de inquietudes. Y cuando llegó el día volvieron los hombres de Hipótoo y vieron a Anquíalo asesinado y a Antía junto al cuerpo, comprendieron lo ocurrido e interro- 2 gándola a ella se enteraron de todo. Encolerizados por este suceso decidieron vengar al amigo muerto y deli-

beraron contra Antía diversos castigos: el uno quería matarla y enterrarla con el cuerpo de Anquíalo, el otro crucificarla. Por su parte Hipótoo estaba afligido por 3 Anquíalo y maquinó contra Antía un castigo mayor: ordenó abrir una fosa grande y profunda y meter dentro a Antía y con ella a dos perros, para que allí sufriese un gran castigo, digno de su atrevimiento [61].

Ellos hicieron lo ordenado y llevaron a la fosa a Antía 4 y los perros. Eran éstos perros egipcios, por lo demás grandes y de terrible aspecto. Y, una vez que fueron metidos dentro, cubrieron la fosa (que distaba poco del Nilo) colocando encima grandes troncos y pusieron como guardián a uno de los bandidos, Anfínomo.

Este Anfínomo se había sentido ya antes cautivado 5 por Antía, y entonces se sintió más compadecido y se conmovió de su desgracia. Pensó, pues, en cómo conseguir que ella viviera más y que no le hicieran daño los perros, y cada día, apartando los troncos colocados sobre la fosa, echaba dentro alimentos y le proporcionaba agua y exhortaba a Antía a conservar el valor. Los pe- 6 rros, bien alimentados, nada malo le hacían, sino que incluso se volvieron mansos y domésticos. Y Antía, mirándose a sí misma y reflexionando sobre su suerte presente, decía:

—¡Ay de mis males! ¿Qué castigo sufro? ¡La fosa y la prisión, y los perros conmigo encerrados, mucho más mansos que los bandidos! Lo mismo que tú, Habrócomes, sufro. Pues también tú estuviste una vez en igual 7 situación. A ti te dejé en Tiro en prisión, pero si aún estás vivo, nada hay que me sea terrible, pues quizá algún día nos tendremos el uno al otro. Mas si por el contrario ya has muerto, en vano deseo yo vivir, y en

[61] El encierro de Antía con perros es una escena similar a la prescripción del antiguo derecho romano que hacía encerrar al parricida en un saco junto con otros animales y un perro.

vano éste, quienquiera que sea, se compadece de mí, desdichada.

Así decía y se lamentaba sin cesar. Y ella estaba encerrada en la fosa con los perros, y por su parte Anfínomo cada día le daba a ella ánimos y a los perros los hacía mansos alimentándolos.

LIBRO QUINTO

Por su parte Habrócomes, al acabar su travesía desde Egipto, no llegó a la propia Italia, pues el viento desvió la nave del camino recto y le hizo perder el rumbo, pero le llevó a Sicilia y desembarcaron en la ciudad de Siracusa [62], grande y bella. 1

Habrócomes, una vez que se encontró allí, decidió recorrer la isla e investigar a ver si conseguía alguna noticia de Antía. Fijó su residencia cerca del mar en casa de un anciano, Egialeo, pescador de profesión. Este Egialeo era pobre y extranjero y se mantenía apenas con su oficio. Recibió a Habrócomes cordialmente, le consideraba como a su propio hijo y le amaba sobremanera. Y un día, cuando ya había mucha familiaridad entre ellos, Habrócomes le contó su historia y le habló de Antía y de su amor y de su vagar errante, y Egialeo por su parte comenzó el relato de su vida: 2 3

—Yo, Habrócomes, hijo mío —dijo—, no soy siciliota ni de esta tierra, sino de Esparta [63], lacedemonio, de los 4

---

[62] Siracusa, situada en la costa Oriental de Sicilia y fundada por los corintios fue siempre la principal ciudad de la isla, muy grande y poblada y provista de dos puertos. En época romana, tras la conquista de la isla no perdió la primacía, siendo la residencia del pretor y de uno de los dos cuestores en época de la República.

[63] Esparta, la ciudad rival de Atenas en el siglo v a. C., se encontraba en la península del Peloponeso, en la región llamada

5 más poderosos de allí y de gran riqueza. Cuando era joven me enamoré de una muchacha de la ciudad, Telxínoe se llamaba, y también correspondía a mi amor Telxínoe. Y cuando en la ciudad se celebraba la fiesta nocturna fuimos a encontrarnos uno con otro, guiándonos a ambos un dios, y gozamos de aquello por lo que 6 nos habíamos reunido[64]. Tuvimos relaciones un cierto tiempo sin que nadie se enterara y muchas veces nos juramos uno a otro tenernos hasta la muerte. Pero alguno de los dioses nos tuvo envidia.

Yo estaba todavía entre los efebos cuando a Telxínoe la entregaron sus padres en matrimonio a un joven de nuestra misma tierra llamado Androcles. Ya la amaba 7 también Androcles. Al principio la muchacha puso muchos pretextos para retrasar la boda, pero finalmente, cuando pudo encontrarse conmigo, convino en salir conmigo de Lacedemonia de noche. Nos vestimos los dos 8 de hombre y yo corté los cabellos de Telxínoe. Así pues, en la misma noche de la boda salimos de la ciudad y fuimos a Argos y Corinto[65], y de allí, embarcándonos, navegamos hasta Sicilia. Los lacedemonios, enterados de nuestra fuga, nos condenaron a muerte. Nosotros vivimos aquí con escasez de lo necesario, pero felices y pensando que gozábamos de todo porque estábamos juntos. 9 Y aquí, no hace mucho, murió Telxínoe, y yo no enterré su cuerpo, sino que lo tengo conmigo y constantemente lo beso y vivo con él.

Laconia, junto al río Eurotas. Las características de la vida espartana, con su organización casi militar, son bien conocidas.

64 Las citas de amor en tales fiestas nocturnas son citadas a menudo. La Comedia Nueva gusta de este motivo.

65 Es decir, se dirigieron por tierra, atravesando el Peloponeso, hacia el Nor-Este, a la Argólide y de allí a Corinto, ciudad situada en el extremo Nor-Este del Peloponeso, en el istmo del mismo nombre que une esta península con la Grecia central. Esta ciudad, con sus dos puertos, era uno de los principales centros comerciales de la Grecia antigua.

Al mismo tiempo que hablaba condujo a Habrócomes a la habitación más recóndita de la casa y le mostró a Telxínoe, mujer ya anciana pero que a Egialeo aún le parecía bella y joven. Su cuerpo estaba embalsamado a la manera egipcia, pues el anciano la conocía. 10

—A ésta —dijo—, oh Habrócomes hijo mío, siempre le hablo como si estuviera viva, y me acuesto con ella y con ella como. Y si alguna vez vengo cansado de la pesca, su vista me reconforta. Pues no me parece a mí como ahora la ves tú, sino que la imagino, hijo, como era en Lacedemonia, como cuando nuestra fuga. Veo las fiestas nocturnas y veo nuestro pacto. 11

Aún hablaba Egialeo cuando se puso a gemir Habrócomes diciendo: 12

—¿A ti, oh la más desdichada de todas las muchachas, te encontraré algún día, aunque sea muerta? Pues para Egialeo es el gran consuelo de su existencia el cuerpo de Telxínoe, y ahora en verdad he aprendido que el verdadero amor no tiene límite de edad. Pero yo ando errante por tierra y mar y no he podido ni siquiera oír nada sobre ti. ¡Oh oráculos de desdichas, oh Apolo, que nos has hecho los más crueles males! Compadécete ya y cumple el final de las profecías. 13

Así, llorando sus males Habrócomes y consolándole Egialeo, vivía en Siracusa, tomando parte ya en el oficio de Egialeo. Por su parte, la banda de Hipótoo estableció que su botín ya era grande y decidieron marcharse de Etiopía y emprender acciones más importantes. No le parecía a Hipótoo bastante asaltar a los viajeros, sino que atacaba también aldeas y ciudades. Él, pues, reuniendo a los suyos y cargando con todo su botín (pues tenía muchos animales de carga y no pocos camellos) abandonó Etiopía y se dirigió a Egipto y Alejandría, y pensaba también ir de nuevo a Fenicia y Siria. De Antía, creía que ya estaba muerta. 2 2

3 Por su parte Anfínomo, el que la cuidaba en la fosa, que estaba enamorado, no soportando la idea de separarse de la muchacha por su amor hacia ella y por la desgracia en que estaba, no siguió a Hipótoo. Pasó desapercibido entre todos los demás y se escondió en una 4 cueva con los víveres que había reunido. Al llegar la noche los hombres de Hipótoo llegaron a una aldea de Egipto, llamada Aría, con la intención de desvastarla, y Anfínomo abrió la fosa y sacó a Antía y la exhortó a 5 tener ánimo. Y como ella aún tenía miedo y sospechaba de él, le juró por el sol y por los dioses de Egipto que la guardaría intocada hasta que ella voluntariamente quisiera dar su asentimiento. Se dejó persuadir Antía por los juramentos de Anfínomo y le siguió. Y no les abandonaron los perros, sino que les tomaron cariño, llegando a serles familiares.

6 Fueron, pues, a Copto y decidieron pasar allí unos días hasta que la gente de Hipótoo se les adelantara bastante en el camino. Y se cuidaban de los perros, de que tuviesen suficiente comida.

7 Los hombres de Hipótoo atacaron la aldea de Aría y mataron a muchos de sus habitantes, incendiaron las casas y no siguieron el mismo camino, sino que fueron por el Nilo, pues habían reunido todas las embarcaciones de las aldeas que habían atravesado, y embarcando navegaron hacia Esquedia y...[66] y, desembarcando allí, recorrieron el resto de Egipto siguiendo las riberas del Nilo.

3 Entretanto el gobernador de Egipto se enteró de lo de Aría y de la banda de Hipótoo y de que venían de Etiopía, y preparando muchos soldados y poniéndoles como jefe a uno de sus parientes, Políido, joven de hermosa apariencia y bueno en la acción, los envió contra los bandidos.

---

[66] Aquí hay una laguna en el texto de no más de siete letras.

Este Políido tras recibir el ejército encontró a la banda de Hipótoo junto a Pelusio, y al punto se entabló la batalla junto a las orillas y cayeron muchos de cada bando y al llegar la noche se pusieron en fuga los bandidos y todos murieron a manos de los soldados, y también algunos fueron cogidos vivos. Sólo Hipótoo, arrojando sus armas, escapó en la noche y llegó a Alejandría, y de allí, como pudo mantenerse oculto, se embarcó en una nave que iba a partir y se hizo a la mar. Toda su ansia era ir a Sicilia, pues pensaba que allí iba a pasar más desapercibido y a mantenerse mejor: había oído decir que era una isla grande y rica. 2 3

Políido pensó que no era suficiente haber vencido a la banda de bandidos, sino que decidió que era necesario hacer investigaciones y limpiar Egipto, por si podía encontrar a Hipótoo o a algún otro de los suyos. Tomando, pues, parte de la tropa y los bandidos que habían sido hechos prisioneros para que, si aparecía alguno, lo denunciaran ante ellos, remontó el Nilo y exploró las ciudades y pensó ir hasta Etiopía. 4 2

Y llegaron a Copto, donde estaba Antía con Anfínomo. Ella se encontraba en casa y a Anfínomo lo reconocieron los bandidos prisioneros y se lo dijeron a Políido. Y cogieron a Anfínomo y en el interrogatorio contó lo de Antía. Él, tras oírlo, ordenó llevarla también a ella y cuando llegó le preguntó quién era y de dónde, pero ella no dijo nada de la verdad, sino que dijo que era egipcia y había sido capturada por los bandidos. 3 4

Entonces se enamoró Políido de Antía con tremenda pasión (él tenía esposa en Alejandría). Enamorado, al principio intentó convencerla haciéndole grandes promesas y finalmente, cuando descendiendo hacia Alejandría llegaron a Menfis, Políido intentó forzar a Antía. Ella pudo escapar y se fue al templo de Isis y en actitud de suplicante dijo: 5 6

—Oh reina de Egipto, sálvame otra vez como ya tantas veces me has ayudado. Líbrame también de Políido, a mí que por ti me guardo pura para Habrócomes.

7 Políido al mismo tiempo temía a la diosa y amaba a Antía y se compadecía de su suerte. Fue, pues, al templo sólo y juró a Antía que nunca la forzaría ni le haría violencia alguna, sino que la guardaría pura hasta que ella quisiera. Pues le parecía que le bastaba a su amor sólo con verla y hablarla.

8 Se dejó persuadir Antía por sus juramentos y salió del templo, y como habían decidido descansar tres días en Menfis fue Antía al templo de Apis [67]. Era éste el más famoso de Egipto y allí hacía profecías el dios a los que 9 lo deseaban. En efecto, cuando uno, presentándose allí, hacía una súplica y rogaba al dios, él después salía y unos niños egipcios ante el templo predecían las cosas 10 futuras, unas en prosa, otras en verso. Fue, pues, también Antía y cayó a los pies de Apis.

—Oh tú, de entre los dioses —dijo— el más benévolo con los hombres, que te compadeces de todos los extranjeros, ten piedad también de mí, la infortunada, y dime 11 un oráculo verdadero sobre Habrócomes. Pues si voy de nuevo a verle y a recobrar a mi esposo, resistiré y seguiré viviendo. Pero si él ha muerto, es mejor que también yo deje esta vida miserable.

Diciendo esto y llorando salió del templo, y en ese momento los niños que jugaban ante el recinto sagrado gritaron a la vez:

—Antía recobrará pronto a Habrócomes, su esposo.

Al oírlo recobró el ánimo y elevó sus plegarias a los dioses. E inmediatamente partieron para Alejandría.

---

[67] Apis es el nombre del toro sagrado de los egipcios, reconocible por una mancha blanca en la cabeza, venerado como un dios y guardado en Menfis. Las noticias sobre los niños que recitaban los oráculos de Apis se encuentran también en otros autores de la Antigüedad.

Se enteró la mujer de Políido de que éste traía una mujer de la que estaba enamorado, y temiendo que la extranjera la hiciera quedar relegada nada dijo a Políido, sino que por sí sola deliberó cómo podría castigar a la que creía que conspiraba contra su matrimonio. Políido fue a contar al gobernador de Egipto lo ocurrido y luego a ocuparse del resto de sus deberes de mando en el ejército, y cuando él estaba ausente, Renea (pues así se llamaba la mujer de Políido) mandó a buscar a Antía (que estaba en la casa) y le rasgó los vestidos y maltrató su cuerpo diciendo: 5 2 3

—Oh miserable conspiradora contra el matrimonio, en vano le has parecido bella a Políido, pues no te va a servir de nada esa belleza. Quizá hayas podido, en efecto, seducir a los bandidos y acostarte con muchos jovencitos borrachos, pero el lecho de Renea no lo mancillarás sin que te pese.

Diciendo esto, le cortó los cabellos y la rodeó de cadenas, y entregándosela a un esclavo de confianza llamado Clito, le ordenó que embarcándose en una nave, la llevase a Italia y vendiera a Antía a un proxeneta. 4

—Así —dijo— podrás tú, la bella, saciar tu intemperancia.

Fue llevada, pues, Antía por Clito, llorando y lamentándose: 5

—¡Oh belleza traidora —decía—, oh infortunada hermosura! ¿Por qué continuáis haciéndome daño? ¿Por qué os habéis convertido para mí en causa de tantas desgracias? ¿No os bastaron tumbas, muertes, cadenas, bandidos, sino que ahora me meterán en un burdel y un proxeneta me obligará a destruir la pureza que hasta ahora guardaba para Habrócomes?

—Pero, oh señor —dijo cayendo a los pies de Clito—, no me lleves a ese castigo, sino mátame tú mismo. No soportaré un amo proxeneta. Estoy acostumbrada, créelo, a vivir sin mancha. 6

Así le suplicaba y Clito sentía compasión de ella.
7 Ella era llevada a Italia y Renea, cuando volvió Polí-do, le dijo que Antía se había escapado y él la creyó, por lo que ya había hecho antes.

Antía fue conducida a Tarento[68], ciudad de Italia, y allí Clito, siguiendo por miedo las prescripciones de Re-
8 nea, la vendió a un proxeneta. Éste, viendo una belleza cual nunca antes había contemplado, pensó que iba a sacar una gran ganancia de la muchacha y durante algunos días la hizo recuperarse del cansancio de la travesía y de los golpes de Renea. Y Clito volvió a Alejandría y Refirió a Renea lo que había hecho.

6 Hipótoo por su parte llevó a término su travesía y arribó a Sicilia, pero no a Siracusa, sino a Tauromenio[69], y buscaba la ocasión de procurarse lo necesario. A Habrócomes le pasó mucho tiempo en Siracusa y cayó en el desánimo y en una terrible desesperación, porque ni encontraba a Antía ni podía reintegrarse a su
2 patria. Decidió en consecuencia salir de Sicilia y pasar a Italia, y de allí, si no encontraba nada de lo que buscaba, emprender la triste travesía a Éfeso. Ya sus padres y todos los efesios estaban llenos de tristeza, no habiendo llegado ni mensajero ni cartas de parte de ellos. Enviaron a todas partes gentes que investigaran.
3 Y no pudiendo resistir más por la desesperación y la vejez, los padres de ambos se quitaron a sí mismos la vida.

Habrócomes realizaba el viaje hacia Italia, y por su parte Leucón y Rode, los compañeros de Habrócomes y Antía, tras morir su amo en Janto y dejarles su herencia (que era mucha) decidieron navegar hacia Éfeso,

---

[68] Tarento, importante y rica ciudad del Sur de Italia, en el Golfo Tarentino, uno de los principales puertos comerciales de la Italia romana.

[69] Tauromenio, ciudad de la costa occidental de Sicilia, al pie del monte Etna.

pensando que ya estarían a salvo sus señores y que ellos habían experimentado ya bastante la desgracia del exilio. Metiendo todas sus riquezas en una nave, se hicieron a la mar en dirección a Éfeso, y llevando a buen término la travesía en no muchos días arribaron a Rodas, y allí, enterados de que aún no se habían salvado Habrócomes y Antía, y de que sus padres habían muerto, decidieron no ir a Éfeso y quedarse allí algún tiempo hasta que supieran algo de sus señores. 4

El proxeneta que había comprado a Antía la obligó, al cabo de cierto tiempo, a exponerse públicamente ante el burdel, y adornándola con un hermoso vestido y mucho oro la llevó para que se expusiera a la puerta. Ella dando grandes voces dijo: 7 2

—¡Ay de mis males! ¿No fueron bastantes mis desgracias, las cadenas, los bandidos, sino que todavía voy a ser obligada a prostituirme? ¡Oh belleza, con justicia ultrajada! ¿Por qué permaneces conmigo tan inoportunamente? Pero, ¿por qué me lamento de esto y no busco medio de guardar la pureza que hasta ahora he conservado?

Diciendo esto, fue llevada al burdel del proxeneta, el cual por una parte la exhortaba a tener ánimo, y por otra la amenazaba. Y cuando llegó y se expuso públicamente afluyó una gran multitud de hombres admirados de su belleza, y la mayoría estaban dispuestos a pagar dinero por su deseo. Y ella, colocada en una desgracia a la que no veía solución, encontró un medio de escapar de ella. Cayó, en efecto, a tierra y relajó su cuerpo e imitó a los que padecen la llamada *enfermedad sagrada*[70]. Los presentes sintieron a la vez pena y miedo y desistieron del deseo de unirse a ella y cuidaron a Antía. 3 4

El proxeneta al enterarse de la desgracia que había ocurrido, y creyendo que de verdad estaba enferma la 5

[70] Es decir, la epilepsía.

muchacha la llevó a casa y la hizo acostarse y la cuidó, y cuando le pareció que volvía en sí le preguntó por la 6 causa de su enfermedad. Y Antía dijo:

—Ya antes, amo, quise decirte mi desgracia y contarte lo que me ocurría, pero lo oculté por vergüenza. Pero ahora ya no me es difícil decirte nada, pues todo lo sabes ya sobre mí.

7 Cuando aún era niña, en una fiesta nocturna, me alejé de los míos y llegué a la tumba de un hombre recién muerto, y entonces se me apareció alguien que salía corriendo de la tumba e intentaba cogerme. Yo huí y 8 grité. El hombre era de terrible aspecto y tenía una voz más tremenda todavía. Finalmente se hizo de día y al dejarme me golpeó en el pecho [71] y dijo que me había 9 metido dentro esta enfermedad. Desde entonces me coge este mal, unas veces de una manera y otras de otra. Pero te suplico, amo, que no te enfades conmigo, pues no soy yo la culpable de ello. Además, todavía puedes venderme y no perderás nada del precio que pagaste.

Al oírla se afligió el proxeneta, pero convino con ella en que no sufría ese mal por su voluntad.

8 Ella era cuidada en casa del proxeneta como si estuviera enferma, y por su parte Habrócomes salió de Sicilia y arribó a Nucerio [72] de Italia, y estando indeciso sobre lo que iba a hacer, por su falta de recursos, al 2 principio recorrió la zona buscando a Antía, pues ella era el objetivo de toda su vida y de su largo vagar. Y como nada encontró (pues la muchacha estaba en Tarento, en casa del proxeneta) se puso a sueldo con

---

[71] El golpe de un espectro como causante de la epilepsía aparece también en PETRONIO, 9 y 10, y es citado por GRIMM *(Dicc. Mitol.* 429) el mismo efecto del golpe de los Elfos. Es curiosa la enumeración de causas supersticiosas de esta enfermedad que hace Hipócrates.

[72] Quizá sea Nuceria Alfaterna, ciudad de la Campania junto al río Sarno. El problema es que esta ciudad está tierra adentro.

los picapedreros. El trabajo le era penoso, pues no estaba acostumbrado su cuerpo a someterse a tareas violentas y duras. Se sentía desgraciado y muchas veces lamentando su destino decía: 3

—Ay Antía, tu Habrócomes se ha hecho obrero de un oficio miserable y ha sometido su cuerpo a la esclavitud. Y si tuviera alguna esperanza de encontrarte y de vivir contigo en lo sucesivo, eso me daría más ánimo que nada. Pero ahora quizá me esfuerzo yo, desdichado, en vano e inútilmente, y tú quizá has muerto de pena por Habrócomes. Estoy seguro, mi amadísima, que nunca, ni en la muerte, te has olvidado de mí. 4

Así se lamentaba, y soportaba con dolor sus trabajos, y entre tanto a Antía en Tarento se le presentó una visión en sueños. Le pareció que ella estaba con Habrócomes, hermosa con él hermoso, y que era la primera época de su amor. Y que aparecía otra mujer bella y arrancaba de su lado a Habrócomes, y finalmente, dando él gritos y llamándola por su nombre, se levantó y se acabó el sueño [73]. Cuando soñó esto se levantó de un salto y se puso a llorar, y consideró verdad lo que había visto. 5 6 7

—¡Ay de mis males! —dijo—, yo me someto a todo tipo de trabajos y experimento, desdichada, bien variadas desgracias, y encuentro artimañas por encima de las fuerzas de una mujer para salvaguardar mi fidelidad a Habrócomes, y a ti quizá te parece bella otra mujer; eso en efecto me ha indicado el sueño. ¿Por qué, pues, vivo todavía? ¿Por qué me aflijo? Es mejor morir y abandonar esta mísera vida, abandonar esta esclavitud ignominiosa y llena de peligros. Y si es verdad que Habrócomes ha roto sus juramentos, que los dioses no le 8 9

---

[73] En este caso el sueño de Antía sólo parece ser un recurso para aumentar y justificar las emociones de Antía y sus reflexiones sobre el suicidio.

castiguen por ello; quizá lo ha hecho obligado por la necesidad. A *mí* en cambio me está bien morir en la pureza.

Esto decía entre lamentos y buscaba un medio de matarse.

9 En Tauromenio, Hipótoo el perintio lo pasó muy mal al principio por la falta de recursos, pero al cabo del tiempo se enamoró de él una vieja y él se casó con ella, obligado por la indigencia, y tras vivir con ella un poco de tiempo ella se murió y él heredó mucha riqueza y opulencia: un gran cortejo de esclavos, una gran fortuna en vestidos y magnificencia de enseres.

2 Decidió entonces navegar a Italia, comprar bellos esclavos y esclavas y toda la guarnición de otros enseres, cuanta corresponde a un hombre opulento. Y se acordaba continuamente de Habrócomes y deseaba encontrarlo, pues tenía en gran estima el poder compartir con él toda su vida y sus riquezas.

3 Él, haciéndose a la mar, arribó a Italia y le seguía un muchacho de una buena familia de Sicilia, Clístenes de nombre, que participaba de todas las posesiones de Hipótoo, pues era bello.

4 El proxeneta, pareciéndole que Antía estaba ya curada, pensaba en cómo venderla y la llevó al ágora y la

5 exhibió ante los compradores. En ese momento daba una vuelta Hipótoo por la ciudad de Tarento, buscando algo bello que comprar, y vio a Antía y la reconoció y se quedó estupefacto por lo ocurrido y se puso a reflexionar mucho sobre ello:

—¿No es ésta la muchacha que en otro tiempo, en Egipto, hice enterrar en una fosa para vengar la muerte de Anquíalo, y encerré perros con ella? ¿Qué cambio es éste? ¿Cómo se salvó? ¿Qué fuga de la fosa es ésta? ¿Qué esta salvación prodigiosa?

6 Diciendo esto se acercó como si quisiera comprarla y colocándose a su lado dijo:

—Oh joven, ¿no conoces Egipto, ni caíste en manos de unos bandidos en Egipto, ni sufriste ningún otro peligro en aquella tierra? Dímelo con valor, pues te he reconocido.

7 Al oír hablar de Egipto y recordar a Anquíalo y la banda de bandidos y la fosa se puso a lamentarse y gemir, y mirando a Hipótoo (en modo alguno le reconoció), dijo:

—He sufrido en Egipto muchos males, oh extranjero, quienquiera que seas, y terribles, y he caído en manos de bandidos. Pero tú —añadió— ¿cómo es que conoces mi historia? ¿De dónde dices conocer a esta desdicha- 8 da? He sufrido en efecto cosas célebres y famosas, pero a ti no te conozco en absoluto.

9 Hipótoo, al oírla y reconocerla aún más por lo que decía, permaneció en ese momento en calma, y comprándosela al proxeneta la llevó a su casa y la exhortó a tener ánimo, le dijo quién era, le recordó lo ocurrido en Egipto y le narró su enriquecimiento y su huida. Ella 10 le suplicó que la perdonara, y le explicó que había matado a Anquíalo por no guardarle respeto, y le habló de la fosa, de Anfínomo, de la mansedumbre de los perros y la salvación. Se apiadó de ella Hipótoo y ya no le pre- 11 guntó más quién era.

Por la vida diaria en común con la muchacha también Hipótoo se inflamó de deseo por Antía y quiso poseerla y le hizo muchas promesas. Ella al principio se negó, 12 diciendo que era indigna del lecho de un amo, pero finalmente, como Hipótoo la presionaba, no sabiendo qué hacer y pensando que era mejor decirle todo lo que había ocultado que transgredir sus pactos con Habrócomes, le habló de Habrócomes, de Éfeso, de su amor, los juramentos, las desgracias, los piratas, y sin cesar gemía por Habrócomes.

13 Hipótoo, al oír que ella era Antía, que era la esposa del amigo al que más amaba entre todos, la abrazó y

la exhortó a tener ánimo y le contó su amistad con Habrócomes. Y la guardó [pura] en casa, tributándole todo tipo de cuidados por respeto a Habrócomes, y él mismo emprendió investigaciones para tratar de encontrar a Habrócomes.

10 Habrócomes en un primer momento trabajó penosamente en Nucerio, pero al final, no resistiendo ya el trabajo, decidió embarcarse en una nave y poner proa a 2 Éfeso. Así, bajando de noche al mar, llegó a un barco presto a levar anclas y embarcándose navegó de nuevo a Sicilia para, desde allí, seguir a Creta, Chipre [74] y Rodas y de allí llegar a Éfeso. Esperaba tener noticias de Antía en tan largo viaje.

3 Él se hizo a la mar con pocos recursos, y llevando a buen término la travesía llegó primero a Sicilia y se encontró con que su antiguo huésped, Egialeo, había muerto. Tras hacer libaciones en su tumba y llorarle mucho se hizo de nuevo a la mar y llegó a Creta, estuvo en Chipre y, tras pasar allí unos días y hacer súplicas a la diosa de Chipre [75], se hizo a la mar y llegó a Rodas. Allí se estableció cerca del puerto.

4 Ya se encontraba junto a Éfeso y le invadió el recuerdo de todos sus males: la patria, los padres, Antía, los esclavos, y gimiendo dijo:

—¡Ay de mis males! A Éfeso iré solo, y seré visto por mis padres sin Antía y haré, desdichado, una travesía vana y contaré una historia quizá increíble, sin tener conmigo a nadie que haya participado en mis desgra- 5 cias. Pero ten ánimo, Habrócomes, y cuando estés en Éfeso sobrevive sólo el tiempo suficiente para elevar

---

[74] El trayecto de Sicilia a Rodas por Chipre no está justificado ni siquiera por el deseo de mantenerse cerca de las costas. ¿Quizá es que se trata de una nave de líneas regulares?

[75] La diosa de Chipre es Afrodita, diosa del amor, que nació según el mito en esta isla.

una tumba a Antía[76] y llorarla y hacer libaciones por ella, y luego llévate a ti mismo junto a ella.

Esto decía y recorría la ciudad fuera de sí, sin noticias de Antía y sin recursos.

6 Entretanto Leucón y Rode, que se habían quedado en Rodas, habían dedicado ofrendas en el templo de Helios junto a la armadura de oro que habían dedicado antes Antía y Habrócomes. Ofrecieron una estela inscrita con letras de oro en honor de Habrócomes y Antía, y estaban escritos en ella también los nombres de los oferentes, Leucón y Rode. 7 Con esta estela se encontró Habrócomes cuando fue a orar ante el dios. La leyó, pues, y reconoció a los oferentes y la fidelidad de sus servidores, y al ver cerca la armadura lanzó grandes lamentos sentado junto a ella.

8 —¡Ay de mí —decía— totalmente desdichado! Llego al término de la vida y al recuerdo de mis desgracias. He aquí esta armadura que yo ofrecí con Antía, y habiendo partido con ella por mar de Rodas llego ahora sin traerla a ella. Si esta estela es una ofrenda de nuestros compañeros en honor de ambos, ¿quién seré, pues, yo sólo? ¿Dónde encontraré a esos seres amadísimos?

9 Se lamentaba diciendo estas cosas y en ese momento se presentaron Leucón y Rode a adorar al dios como de costumbre y vieron a Habrócomes sentado junto a la estela y mirando la armadura y no le reconocieron, y se asombraron de quién podría permanecer así junto a 10 ofrendas ajenas. Y Leucón le dijo:

—¡Oh muchacho! ¿Por qué, sentado junto a ofrendas que no te conciernen, gimes y te lamentas? ¿Qué interés tienes en ellas? ¿Qué relación tienes con los aquí inscritos?

Y les respondió Habrócomes:

---

[76] También Calírroe eleva una tumba a Quéreas sin tener su cuerpo (CARITÓN, IV 1, 3).

—Mías —dijo—, mías son las ofrendas de Leucón y Rode, a los que suplico ver con Antía, yo el infortunado Habrócomes.

11 Al oírle ambos se quedaron estupefactos, y después, recobrándose poco a poco le reconocieron por su aspecto, por la voz, por lo que decía, por el haber recordado a Antía, y cayeron a sus pies y le contaron su historia, su viaje a Siria desde Tiro, la cólera de Manto, el paso a otras manos, la venta en Licia, la muerte de su amo, 12 la riqueza, la llegada a Rodas. Y cogiéndole lo llevaron a la casa donde ellos se alojaban y le entregaron sus riquezas y se ocuparon de él, le rodeaban de cuidados y le exhortaban a tener valor. Pero para él nada había más valioso que Antía y la lloraba a cada momento.

11 Él vivía en Rodas con sus compañeros, deliberando qué iba a hacer. Por su parte Hipótoo decidió llevar a Antía de Italia a Éfeso para devolverla a sus padres y enterarse allí si había alguna noticia sobre Habrócomes; y embarcando todos sus bienes en una gran nave efesia se hizo a la mar con Antía, y, realizando una agra- 2 dable travesía, en no muchos días arribó a Rodas aún de noche y allí se alojó en casa de una anciana, Altea de nombre, cerca del mar, y llevó a Antía con la patrona.

Y él aquella noche la dedicó al descanso, y a la siguiente pensaron ya en la marcha, pero había una magnífica fiesta pública en la que los rodios celebraban a Helios [77], y había procesión, sacrificios y muchedumbres 3 de ciudadanos que celebraban la fiesta. Asistían Leucón y Rode, no tanto para participar en la fiesta como para investigar si se enteraban de algo sobre Antía. Y llegó Hipótoo al templo llevando a Antía, y ella, al ver las ofrendas y recordar los tiempos pasados, dijo:

[77] Conocemos, a través de las inscripciones, unas fiestas de Rodas en honor de Helios, las Grandes Helieas, que se celebraban cada cuatro años, con juegos gimnásticos y musicales y la gran procesión de que aquí habla Jenofonte de Éfeso.

—Oh Helios que ves a todos los hombres, que sólo has pasado de largo junto a mí, la desdichada, que sin embargo antes estuve en Rodas y llena de felicidad me prosterné ante ti y te ofrecí sacrificios con Habrócomes, y entonces me consideraba feliz. Y ahora, esclava en lugar de libre, y cautiva, desdichada, en lugar de feliz, voy a Éfeso sola y me mostraré ante mis parientes sin Habrócomes. 4

Así habló y derramó abundantes lágrimas y suplicó a Hipótoo que le permitiera cortar sus cabellos y ofrecérselos a Helios[78] y hacer súplicas por Habrócomes. Consintió en ello Hipótoo y cortando sus bucles cuanto pudo y escogiendo una ocasión favorable, cuando todos se habían ido, hizo la ofrenda con la inscripción: 5 6

Por su esposo Habrócomes, Antía sus cabellos
al dios dedicó

Tras hacer esto y elevar sus plegarias al dios se marchó con Hipótoo.

Leucón y Rode, que hasta entonces habían estado en la procesión, se presentaron en el templo y vieron las ofrendas y reconocieron el nombre de su señora. Y primero besaron los cabellos y lloraron mucho como si estuviesen viendo a Antía, y finalmente recorrieron la ciudad por si podían encontrarla por alguna parte (la muchedumbre de los rodios conocía ya sus nombres por su estancia anterior en la ciudad). Y no encontrando nada aquel día se fueron y contaron a Habrócomes lo que había en el templo. Él sintió su alma conturbada por lo inesperado del hecho, pero concibió grandes esperanzas de encontrar a Antía. 12 2

Al día siguiente fue Antía de nuevo al templo con Hipótoo, pues no había buen tiempo para navegar, y sen- 3

[78] La ofrenda de los cabellos era frecuente en los ritos griegos, especialmente como ofrenda funeraria.

tándose ante las ofrendas lloraba y se lamentaba. En ese momento entraron Leucón y Rode, que habían dejado en casa a Habrócomes caído de nuevo en el desánimo, y al llegar vieron a Antía, y les fue todavía desconocida, pero unieron todo: el amor, las lágrimas, las 4 ofrendas, los nombres, la figura... Y así poco a poco la reconocieron y cayendo a sus rodillas se quedaron sin habla. Ella se asombraba, sin saber quiénes eran ni qué 5 querían, pues no esperaba ver a Leucón y Rode, y ellos, volviendo en sí, dijeron:

—Oh señora nuestra, Antía, nosotros somos tus servidores, Leucón y Rode, los que contigo compartieron el exilio y los piratas. Pero ¿qué Fortuna te ha traído aquí? Ten ánimo, señora, Habrócomes está a salvo y está aquí, siempre llorándote.

6 Al oírles Antía se quedó muda de estupor, y recobrándose con dificultad y reconociéndolos los abrazó y los besó y supo claramente todo lo de Habrócomes.

13 Afluyó todo el pueblo de los rodios enterados de que habían sido encontrados Antía y Habrócomes. Se presentó entre tanto también Hipótoo y así lo conocieron la gente de Leucón y él se enteró de quiénes eran. Y todo lo demás iba perfectamente y sólo faltaba el que Habrócomes aún no sabía nada. Corrieron cuanto pu- 2 dieron a casa, y él, cuando oyó de boca de los rodios el encuentro de Antía, echó a correr por en medio de la ciudad gritando «¡Antía!» como un loco, y se encontró con los que acompañaban a Antía junto al templo de Isis[79], y una gran multitud de rodios los seguía.

3 Cuando se vieron el uno al otro se reconocieron al punto, pues eso era lo que deseaban sus almas, y abrazándose cayeron a tierra. Les dominaron al mismo tiem-

---

[79] El encuentro junto al templo de Isis es fundamental para hacer que se cumplan las predicciones del oráculo que atribuye el reencuentro de los dos esposos a la protección de esta diosa.

po muchos sentimientos juntos: alegría, tristeza, miedo, el recuerdo de lo pasado, el temor al futuro...

El pueblo de los rodios prorrumpió en aclamaciones y gritos de alegría, saludando a Isis con el nombre de «Gran Diosa».

—¡De nuevo —decían— vemos a Habrócomes y Antía, los bellos!

4 Ellos volvieron en sí y levantándose entraron en el templo de Isis:

—A ti —dijeron—, Gran Diosa, te damos las gracias por nuestra salvación. Por ti, oh la más preciada de todas para nosotros, nos hemos recobrado el uno al otro.

Se echaron al suelo al pie del recinto sagrado y se prosternaron ante el altar.

5 Entonces los de Leucón los llevaron a casa e Hipótoo trasladó sus cosas a la casa de Leucón y estaban dispuestos a emprender el viaje a Éfeso. Después de ofrecer sacrificios aquel mismo día y celebrar un banquete, vinieron las muchas y variadas historias de todos, cuantas cosas habían sufrido y había hecho cada uno, y alargaron mucho el banquete, porque habían vuelto a encontrarse tras tan largo tiempo.

6 Y cuando llegó la noche, se fueron a dormir todos los demás como les correspondía; Leucón y Rode, Hipótoo y el muchacho de Sicilia que le había seguido a Italia, Clístenes el bello. Y Antía se acostó con Habrócomes.

14 Cuando todos los demás se habían dormido y había una profunda calma, Antía, abrazándose a Habrócomes, prorrumpió en lágrimas diciendo:

—Esposo y dueño mío, te he recobrado después de andar errante por tierra y mar, después de escapar de amenazas de bandidos, asechanzas de piratas y ultrajes de proxenetas, y cadenas, fosas, troncos, venenos y tumbas. Pero llego a ti, Habrócomes, dueño de mi alma, 2

tal como al principio te dejé en Tiro al partir hacia Siria. Nadie pudo persuadirme de ofenderte, ni Meris en Siria, ni Perilao en Cilicia, ni en Egipto Psamis, ni Políido, ni Anquíalo en Etiopía, ni en Tarento mi amo, sino que permanezco pura para ti, habiendo inventado todo
3 tipo de argucias para guardarme. Y tú, Habrócomes, ¿has permanecido también puro o me ha relegado a tus ojos otra hermosa? ¿O no te ha obligado nadie a olvidarte de tus juramentos y de mí?

4 Así decía y no dejaba de besarle, y Habrócomes dijo:

—Te juro por el día añorado que con tantas dificultades hemos encontrado que ni virgen alguna me pareció bella ni la vista de ninguna otra mujer me agradó, sino que has encontrado a Habrócomes tal como lo dejaste en Tiro, en la prisión.

15 Así hacían su defensa uno ante el otro durante toda la noche, y fácilmente se convencieron, ya que eso era lo que deseaban. Y cuando llegó el día se embarcaron en una nave, y poniendo dentro todos sus bienes se hicieron a la mar, yendo a darles escolta todo el pueblo de los rodios. Partió con ellos también Hipótoo, llevándose todo lo suyo y a Clístenes, y en pocos días dieron término a la travesía y arribaron a Éfeso.

2 Sabía de antemano la noticia de su salvación la ciudad entera, y cuando desembarcaron, tan pronto como pudieron, fueron al templo de Ártemis y dedicaron a la diosa una inscripción con todo cuanto habían sufrido
3 y hecho. Y después de hacer esto volvieron a la ciudad y construyeron grandes tumbas para sus padres (pues habían muerto antes por la vejez y la desesperación), y ellos en lo sucesivo pasaron su vida juntos entre fiestas. Y Leucón y Rode participaron de todo esto con sus compañeros, y decidió también Hipótoo pasar el resto de su vida en Éfeso, y yendo a Lesbos elevó a Hiperan-

tes una gran tumba, y, adoptando a Clístenes vivió Hipótoo en Lesbos con Habrócomes y Antía.

FIN DE LAS HISTORIAS EFESÍACAS DE ANTÍA Y HABRÓCOMES DE JENOFONTE

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

ÍNDICE GENERAL

CARITÓN DE AFRODISIAS

QUÉREAS Y CALÍRROE

Págs.

JENOFONTE DE ÉFESO

EFESÍACAS

FRAGMENTOS NOVELESCOS